

LUCAS

Francine Ruel



Capítulo 1

Llaman a Lucas Berthiaume...

—Llaman a Lucas Berthiaume de la Dirección.

Estoy tranquilamente instalado, escuchando los principios de la geometría en el espacio, cuando esta frase resuena en la clase y, debo agregar, directamente en mis oídos, ya que me está personalmente dirigida.

Estoy a años luz de sospechar todo lo que esta simple frasescita va a provocar en mi vida.

Toda la clase se vuelve hacia mí con un movimiento uniforme. En general, algo anda muy mal cuando llaman a un alumno de la Dirección. Creo ver cada una de las miradas transformarse en un gigantesco signo de interrogación. ¿Qué querrá el director de Lucas Berthiaume?

Y en mi cabeza gira alegremente el mismo tipo de preguntas sin respuestas, del estilo: “¿Qué habré hecho para que me llamen... de la Dirección un lunes, y sobre todo a las 15:22... cuando la clase está a punto de terminar?”

De todos modos, salgo del aula para responder al llamado. Les confieso que me vino bien. Odio la Matemática y una voz vino a salvarme: a menudo es el timbre, esta vez es una vocecita aguda que no deja de reclamarme.

—Llaman a Lucas Berthiaume...

¡Bueno! Está bien... ya voy. ¡Que no cunda el pánico! Solo denme un tiempo para bajar los cuatro pisos que me separan de la Dirección.

En este colegio, cuanto más chico sos y al comienzo del secundario estás, menos escalones tenés que subir y bajar.

¿Qué tendrán que reprocharme? Me parece que no hice nada en particular. Incluso, diría que últimamente estoy bastante tranquilo.

¡Ahí está! Esa es la respuesta. El problema es que estoy demasiado tranquilo. Los intriga... y quieren saber qué pasa. O si no...

—Llaman a Lucas Berthiaume de la Dirección.

¿No podrían moderar un poco el altoparlante? ¡Todo el mundo se va a enterar de que me mandan a Dirección!

Y me gustaría que la señora de voz aguda me llamara como se debe.

—Llaman a Luca Berthiaume...

Me llamo Lucas. Se escribe *Lu*, pero se pronuncia *Lou*. Y, normalmente, la s de cas también se pronuncia. *Lucas*. Ya sé, me saqué la lotería con este nombre, pero me terminé acostumbrando¹. Les confieso que oí cosas peores. Flor de Sol, Luna Colina, María Octubre, Juan Felipe Antonio. Sin contar los apellidos dobles que se agregan a los nombres compuestos.

Dentro de algunos años, los historiadores van a preguntarse qué pasó a fin de siglo para que todo el mundo tenga nombres tan complicados.

Mi mejor amigo se llama, escuchen bien, ¡Pablo Emanuel Dubois Taillefer! ¡Qué idea! Nosotros lo acortamos y le pusimos Bobby. Ya sé, no tiene nada que ver con su verdadero nombre, pero nos simplifica tanto la vida.

¹ El nombre *Lucas* no es habitual en los países francófonos. En francés la u se pronuncia diferente que en castellano, algo así como “iu” y, en cambio, la ou se pronuncia como nuestra u. Por otra parte, en dicho idioma la s final raras veces se pronuncia. De ahí las aclaraciones de Lucas sobre la correcta pronunciación de su nombre. (N. de la T.)

Nuestros padres no se rompieron la cabeza eligiendo nuestros nombres. Querían estar seguros de que no pasáramos inadvertidos. ¡En mi caso lo lograron!

Como estaba salvado por el lado del apellido, deben haber pensado que el nombre Lucas era un acierto.

Y no me salvé de la regla de los adolescentes con doble domicilio: mis padres se separaron cuando yo tenía cuatro años. Ahora tengo quince, casi dieciséis.

Pero, por el momento, soy un adolescente muy solicitado por la dirección de su colegio.

—Llaman a Lucas...

La voz sigue llamándome. Me detengo un instante frente a la ventana que da a la calle. Una ventana que no se abre, obviamente.

Verifiquen las del colegio de ustedes, estoy convencido de que pasa lo mismo.

Está cerrada con doble traba todo el año, incluso cuando afuera hace un calor de morirse. Según parece, es para reducir el consumo de energía. Pero yo sospecho que el colegio, además del calor, quiere mantener la atención de los alumnos durante las clases.

¡Es más difícil soñar y salir volando por una ventana herméticamente cerrada!

Así que miro por la ventana. Es un lindo día. El árbol por fin está lleno de hojas nuevas. Tengo una mala sensación y no sé por qué. Es como si un elemento importante faltara en el paisaje. Sin embargo, compruebo que todo parece estar en su lugar. Los autos que pasan, las madres con los cochecitos... ¡la rutina habitual a esta hora! Pero falta algo...

No tengo tiempo para seguir con mis reflexiones, un preceptor me apunta con su dedo:

—¡Berthiaume! ¿Qué hace vagando por los pasillos?

—Primero, no estoy vagando y segundo...

Una vez más, la voz me salva.

—Llaman a Lucas Berthiaume.

—Segundo, soy yo.

Con el índice señalo el altoparlante y luego me señalo a mí mismo. Resultado, me deja pasar.

Empujo la puerta de la Secretaría de Dirección y allí me encuentro cara a cara con la voz. Estoy frente a un ratón No al ratón de una computadora², no, no, no, un ratón de verdad, un animal.

La muchacha tiene la nariz respingona, dientes largos y prominentes y la boquita fruncida. Solo le faltan los bigotes. Tiene el pelo atado tan tirante hacia atrás que sus ojos parecen dos almendras, y por eso solo se ven sus orejas puntiagudas. ¡Como un ratón!

¡Una cara y una voz que combinan muy bien!

—Llaman a...

—Sí, yo soy Lucas Berthiaume.

¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¿Qué hice? ¿Qué quieren de mí? ¡Estaba en clase y me molestaron, espero por su bien que sea importante!

Por supuesto, no agrego nada después del "sí, yo soy", ¡de más está decirlo! Solo insisto con lo de Lucas.

En vano, por otra parte, ya que enseguida agrega, royendo sus palabras:

—¡Ah! ¡Es usted!

Hay algo de decepción en su voz de ratón. Tal vez esperaba ver llegar a Mickey Mouse... ¡Quién sabe con las chicas-ratón!

² El ratón de computadora es el periférico denominado "mouse" que en inglés quiere decir, precisamente, "ratón".

Después me entrega una serie de formularios con cincuenta y siete copias, por lo menos.

—Tiene que completarlos lo más rápido posible y traerlos a la oficina. La copia verde es para sus padres, la azul para la enfermera, la amarilla para la Secretaría, la blanca para...

No entiendo muy bien cómo siguen los colores. Solo escucho mi corazón que hace menos ruido en mi pecho.

¡Para eso me llamaron! Y yo que creía...

El ratón prosigue de forma igualmente monótona:

—... la gris para la Comisión Escolar y por último la rosa para su profesor titular.

Y pensar que este llamado por altavoz me sumió en una angustia espantosa los últimos cinco minutos Y después, los adultos dicen que no cuidamos nuestra salud, mientras ellos juegan al yo-yó con nuestros nervios.

El timbre del fin de las clases me sorprende con mis hojas de todos colores entre las manos.

No puedo creer que lo único que quería el director era que competiera los formularios para que me den permiso de salir más temprano el viernes del colegio porque tengo una clase de saxo.

Le agradezco al ratón y corro hacia la escalera tratando de llegar antes de la inminente catástrofe: demasiado tarde.

Los 849 alumnos del colegio se lanzan escaleras abajo al mismo tiempo que el número 850, en este caso yo, trato de subirlas para ir a buscar sus cuadernos y sus libros que quedaron en el aula. ¡Y después dicen que la vida de un adolescente de quince años es puro descanso!

Logro atravesar el primer piso sin mucha dificultad... el segundo me da más trabajo; no me hablen del tercero (empiezo a comprender el drama de los salmones que remontan el río contra la corriente)... y al llegar al cuarto piso, cuando pongo un pie en el último pasillo, choco de frente con... Ella.

Ella es... ni siquiera sé quién es. Salvo que es... ¡Guau! Es... yo... Es pelirroja, pelirroja, pelirroja. ¡Pelos por todos lados! Unos ojos... ¡dos por cierto! ¿Pero de qué color? Es difícil decirlo porque mira hacia el suelo buscando mis cientos de documentos para hacer firmar por... el mundo entero, y que se dispersaron por el pasillo del cuarto piso.

¡Hay cada accidente en la vida!

Le agradezco en silencio al ratón por haberme llamado por el altavoz con tanta insistencia. Si no lo hubiera hecho, nunca habría terminado arrinconado contra Ella.

El último curso nos pasa por encima en su descenso. Nosotros seguimos en cuatro patas juntando la tonelada de papeles.

Desde que comenzó el semestre trato desesperadamente de dirigirle la palabra a esa chica y ahora que está ahí, muy cerca de mí, no se me ocurre qué decirle.

Ya no quedan papeles en el suelo, pero ella sigue mirando el piso. Después se levanta y me dice:

—Chau, Lucas.

Pero con el *Lou* de Lucas y agregando la *s* al final de mi nombre.

Y un segundo después ya no está. Solo queda a mi alrededor el profundo silencio de las aulas vacías.

Me levanto con mi-pila-para-hacer-firmar-por... entro en mi aula, recojo mis cosas, recorro los cuatro pisos en sentido inverso, pero esta vez con el corazón latiendo a lo loco, latiendo a lo rojo.

Entrada principal, salida, vereda y recién en ese momento me doy cuenta de lo que me resultaba extraño cuando miraba por la ventana hace un rato.

Lo que faltaba, lo que sigue faltando en el decorado: Perrazo Roñoso no está esperándome en la vereda del colegio, como hace siempre desde que forma parte de mi vida.



Capítulo 2

En busca del perro perdido...

Estoy acostado en mi cama. Una buena pila de deberes me espera en mi escritorio. Pero ni siquiera tengo ganas de levantar el dedo meñique.

No es tanto la desaparición de Perrazo Roñoso lo que me quita toda mi energía, sino lo que me da vueltas en la cabeza.

Una pantalla de cabellos rojizos me impide pensar en otra cosa. Y también un olor. El suyo.

Ya sé; en principio, lo que uno tiene en la cabeza son pensamientos, no olores. Pero a fuerza de haber sido educado detrás de ventanas cerradas, me vi obligado a desarrollar la memoria olfativa.

La prueba: cierro los ojos, la veo y huele bien. Un olor a hojas rojizas y leche caliente. Caramelo. Huele a otoño en plena primavera.

Esta chica acaba de hacerme saltar una estación con una sola mirada. Me pregunta qué va a pasar en la atmósfera cuando ella abra la boca o mueva los dedos o...

Estoy perdido en mis pensamientos cuando un huracán se arroja sobre mí. Un huracán al que no oí entrar en mi habitación. Un huracán que se llama Lili y huele toda a chicle globo de uva.

—¿Te di un *zuzto*, no?

—Sí, un *zuperzuzto*.

Está encantada. Me gusta dejar que crea cositas así, aunque no sea cierto.

Lili es graciosa. Tiene seis años. Y todavía le faltan los dos dientes de adelante, lo que hace que haya un montón de z dando vueltas en su boca cuando habla.

Es mi hermana. Bueno, mi media hermana. Pero me gusta más decir que es mi hermana. Corno mide poco más de un metro, si la llamo mi media hermana, suena demasiado a medio metro.

Lili es la hija de mi papá y de otra mujer... que no es mi mamá.

Mi papá es un payaso. No, no es broma. Es un verdadero payaso Trabaja en un circo. El Circo de la Luna Llena. Hace payasadas y le pagan por eso. Ya sé, no parece muy serio, pero uno tiene los padres que le tocan...

Tendrían que ver la cara de la gente cuando completo los formularios de inscripción y tengo que mencionar la ocupación de mi papá. Están convencidos de que me burlo de ellos.

Un poco como mi amigo Bobby que, en lugar de marcar “masculino” en el ítem sexo como todos los chicos, se divierte escribiendo: “¡¡¡Todavía no, pero no tarda!!!”. Solo sueña con el día en que podrá escribir: “¡Ya está, por fin llegó!”.

Volviendo al huracán, Lili no vive con nosotros, pero como estamos en el mismo barrio, viene a menudo de visita. Forma parte de la familia. Mi mamá mantuvo muy buenas relaciones con el payaso de mi papá lo que hace que nos veamos seguido sin que haya problemas.

Él sigue haciéndonos reír y Lili sigue invadiendo mi habitación.

En este momento, está tocando cada uno de los objetos de esta pieza. Los levanta y los cambia de lugar.

Debe ser su manera de entrar en el universo de los demás.

— ¿Dónde *puzzte* a tu *pegrro*?

¡Perrazo Roñoso! Me había olvidado completamente de ese.

Me burlo un poco de ella.

— ¡*Pegrrazo Groñozo* eh!... Lo *ezcondí* ahí afuera.

Sé muy bien que no es verdad, más bien es él el que está jugando a las escondidas.

Pero a veces hay que tratar con cuidado a los pequeños cuando se les tiene que comunicar una noticia desagradable.

Ya llegará el momento de decirles la verdad.

También voy a tener que anunciárselo a mi mamá. Seguramente va a hacer una escena y decirme que pierdo todo. No es que quiera especialmente a ese perro. Yo tampoco, por otra parte.

Es un perro que nos regalaron. ¡Aunque mi mamá haga de cuenta que no es realmente un regalo!

La historia es simple, si se la puede llamar así. Mi tía Lulú, antes de irse a vivir a Japón, puso su perra preñada en mis brazos, declarándome, orgullosa de su ocurrencia:

— Toma. Luquitas, es para ti. El Perrito bebé que querías está adentro.

Ni siquiera me dio tiempo a decirle que yo no quería un perro, pues se hizo humo. Es su estilo.

Mi mamá no deseaba ese futuro perro más que yo. Pero bueno, la perra estaba a punto de parir y decidimos esperar a ver el resultado. Nos sacamos la lotería: tuvo seis cachorritos.

Mi mamá se tiraba los pelos. Lo hace a menudo, cuando una situación la supera. Me pregunto cómo hará para seguir teniendo tantos en la cabeza.

Finalmente encontrarnos a alguien que se quedó con la madre (no con la mía, sino con la perra) y con los perritos, y nosotros nos quedamos con uno. Era el más chiquito, el más peludo, el más negro y el más lindo, por supuesto. Pero también el más baboso. Eso todavía no lo sabíamos.

Sepan que mi perro es esa clase de animal que, una vez adulto, se vuelve enorme, con pelos que cuelgan hasta el suelo y unos ojazos tontos... y que te mira sin cesar con la boca bien abierta como suplicando que le den algo de comer.

Se imaginan fácilmente al perro. Imaginarlo no es complicado, vivir con él sí lo es.

Para que se den una idea, es el tipo de bestia que te obliga a cambiar de zapatos dos o tres veces por día... porque si se queda mucho tiempo cerca, te llena los pies de baba. Justamente, Baboso es su verdadero nombre. Perrazo Roñoso vino después, el día en que mi mamá se enojó con él porque no quería moverse de su lugar y ella trataba de pasar la aspiradora.

—Ya volví.

Es mi mamá que acaba de llegar.

Lili y yo nos reunimos con Nicole en la cocina y preparamos la comida.

Lili hace un enchastre terrible por querer *cazar loz huevoz zolita*.

Hablamos de todo un poco. Nunca antes había sacado tantos temas de conversación como esta noche. A toda costa, quiero evitar el tema de Perrazo Roñoso porque, debo confesar, me tiene preocupado. Hace cinco años que el perro está con nosotros y nunca había desaparecido así. Y además, odio dar malas noticias. Nunca podría ser el conductor de un noticiero.

—Nicole, creo que *Lucaz* perdió al *Pegrrazo Groñozo* en un *ezcondite*.

¡Bravo! Ahora estoy obligado a confesar la desaparición del perro.

Si las cáscaras de los huevos no hubieran estado en la basura, se las habría hecho tragarse a Lili.

Y como esperaba, lo primero que mi mamá me dijo fue:

—Pero Lucas, ¿dónde tienes la cabeza? ¡Pierdes todo!

¿Cómo explicarle a tu propia madre que un perro como ese es demasiado grande para perderse solo... y que desde el mediodía lo único que tengo en la cabeza es una cascada de hojas pelirrojas que huelen a caramelo?

Y en ese momento, la chistosa de Lili tiene la genial idea de ir a recorrer las calles del barrio, después de comer, para buscar al monstruo peludo.

Al principio, me niego categóricamente.

—¡Ay! Nos van a destrozar.

—¿Por qué a *deztrazar*?- exclama Lili. Mi mamá tampoco comprende.

—Vamos a quedar muy bien, saliendo a la calle y gritando a los cuatro vientos: "¡¡¡BABOSO, PERRAZO ROÑOSO!!!"

No tengo muchas ganas de terminar hecho pedazos. Soy grandote, pero una provocación de ese tipo es la muer te segura.

Me imagino el titular: "Un joven adolescente fue hallado sin vida después de gritar malas palabras a sus vecinos".

¡Me gusta vivir peligrosamente, pero todo tiene un límite!

Nicole encuentra a una solución alternativa. Bajamos los tres a la calle, mi mamá vigila para asegurarse de que no haya nadie a la vista y, en ese momento, nos da una señal. Entonces. Lili y yo llamamos rápido, rápido, rápido, al perro.

—Perrazo Roñoso... Baboso... Baboso... Baboso... *Pegrrazo Groñozo*.

Igual parecemos dos ridículos. Pero nuestras vidas ya no están en peligro. Lo único que espero es que ese bendito perro muestre el hocico de una buena vez y que ninguno de mis amigos aparezca por el lugar.

¡Dos horas haciendo monerías en la calle sin resultado! Después de eso, mi mamá volvió a casa y yo fui a acompañar a Lili a lo de mi papá. Estaba furioso porque había

traído a Lili demasiado tarde teniendo-en-cuenta-que-esta-niñita-tiene-que-ir-a-la-escuela-mañana. ¡¿Pero dónde tengo la cabeza?!

¡¿Qué tienen todos con mi cabeza, últimamente?!

Pero estuvo bien de todos modos. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto.

Cuando uno crece, se olvida demasiado rápido lo bien que hace tirarse al suelo de risa. Es lo que hicimos Lili y yo.

Mi papá no se había dado cuenta de que todavía tenía puesta su nariz de payaso. Y Lili y yo nos descostillamos de risa durante media hora, mientras que él me sermoneaba sobre mi comportamiento de adolescente irresponsable.

Después, Lili insistió en que la hiciera dormir. Creo que me quiere mucho. Como dice mi papa, soy su ídolo. Después de Snoopy, obviamente.

Entonces, gran vaso de leche, pijamita con patas y *dibujoz* de *Pegrroz zalchicha y muchoz zaltoz* en la cama...

— ¿*Tienez* novia, *Lucaz*?

—¡Shh! ¡Lili *bazta*! Es hora de nacer noni. Cierra los ojos y... la boca.

—Bueno, pero ¿*tienez*?

Como último recurso, le dije que sí, que tenía una novia, aunque acababa de conocerla, para que se durmiera de una vez y me dejara ir.

—¿Cómo ze llama?

—No sé.

No es lenta para las respuestas, la bruja.

—¡Cómo! ¡No puede *zer*! ¿*Tienez* una novia y no *zabez* cómo ze llama?

¡Ahí me di cuenta de que no sabía su nombre! Le prometí a Lili que iba a averiguarlo lo más rápido posible. A mí también me interesaba saberlo.

Antes de irme, mi papá me preguntó cómo andaba mi vida últimamente. Le hablé de la desaparición de Perrazo Roñoso y de lo ridículos que habíamos estado cuando lo buscamos a los gritos en la calle. Eso le dio risa. No tanto como para tirarse al suelo, pero lo suficiente como para que valiera la pena.

Estaba contento. Con él es difícil lograrlo.

Son más de las 20:30 y todavía no hice mis deberes. Vuelvo a mi casa.

Mientras camino por la vereda, no puedo evitar mirar entre las callejitas, cerca de las galerías, en busca del gran montón de pelo.

Bueno, me dirán, ¡¿Cuál es el drama de haber perdido a Perrazo Roñoso?! Después de todo, no parece que lo quiera tanto. Y de la forma que lo describí (y juro que no exageré), no muchos se preocuparían por la pérdida de semejante monstruo.

Lo único que puedo contestar es que me acostumbré a ese animal molesto, desesperante, a veces desagradable y sobre todo invasor.

Cada vez que pensamos en librarnos de él, me sentí culpable a último momento.

Según mi mamá, salí a mi papá, que es incapaz de deshacerse de sus cosas viejas. Guarda todo por si acaso.

Por otra parte, leí en algún lado que es típico de la adolescencia estar lleno de contradicciones. Así que soy un típico adolescente.

De golpe me doy cuenta de que ese perro ha dejado un gran agujero en mi vida. Siempre estuvo ahí y como, repentinamente, ya no está, parece que hubiera un agujero. ¡En su caso, un agujero enorme!

¡Es una locura! Me descubro pensando en mi novia-pelirroja-sin-nombre-por-ahora. Me doy cuenta de que hace apenas unas horas, ella ni siquiera existía para mí y ahora, en cambio, ocupa toda mi atención.

Tal vez la vida sea solo eso. Un juego de vacíos y llenos. Seguro que Paul Giguere, el profe de química, estaría contento con mi teoría.

—¡Bravo, Berthiaume! ¡Por fin algo inteligente en esa cabeza hueca!

Entonces, por si acaso, doy un rodeo por la calle del colegio para ver si el perro está ahí. Es del tipo de estar todavía ahí, sentado juiciosamente en la vereda rodeado por un mar de baba.

Ningún perro en la entrada del colegio. Pero en su lugar, debería decir en su lugar habitual, veo esta inscripción en grandes letras fosforescentes: "Perrazo Roñoso".

Y estoy seguro de que ese mensaje me está personalmente dirigido. Por el perro, por supuesto.

¿Quién habrá escrito eso? Juraría que esta tarde no estaba. Y es reciente, porque la pintura no está completamente seca.

Entonces, alguien está al tanto de la desaparición de Perrazo Roñoso. ¿Quizás alguien que me quiere avisar? ¿Pero quién?

Me hago un montón de preguntas, mientras que me apuro a volver a casa, si no mi mamá va a creer que yo también desaparecí. Y ahí está ella en la esquina. Es ella. Es la chica pelirroja. La reconoci a pesar de la oscuridad.

Me dispongo a correr hacia ella, pero me detengo a tiempo. No vaya a ser que se imagine que... que me interesa, aunque así sea.

Así que camino tranquilamente. Cuanto más me acerco, más cuenta me doy de que no está sola. En efecto, está acompañada por una jauría, con perros de todos los colores, a los que sostiene por una serie de correas.

¿Qué hará con todos esos perros? ¿No serán todos de ella? Por lo menos hay siete u ocho.

Y de pronto, entre esa maraña de pelos, me parece ver uno que es enorme, negro y baboso, y que se parece curiosamente a...

Pero ella dobla la esquina y se va dando grandes zancadas.

¿Qué le he hecho?

No sé si se fue tan rápido por mí o porque los perros la arrastran. Lo cierto es que la veo alejarse por la calle mal iluminada, arrastrada por un mamut multicolor de múltiples cabezas.

Una vez más, me quedo solo y todo cubierto de algo rojizo. Pero también con una horrible pregunta: "¿Acaso mi novia pelirroja, que todavía no es mi novia y cuyo nombre aún desconozco, que sigue oliendo a caramelos, es, por lo que vi, una ladrona de perros?"

Capítulo 3

El nombre de un grupo y el nombre de una chica

La señorita Brisca, a la que también llamamos “bizca”, nos distribuye las copias de la última prueba de Historia.

¡Y bien! ¡¡¡Felizmente para él, Jacques Cartier³ no está aquí para ver lo que hemos hecho con sus descubrimientos!!!

—Van a tener que repasar - nos anuncia la profesora con una sonrisita en la comisura de sus labios.

En mi idioma, significa: esta noche, doble tarea de Historia. ¡Ufa! Tenemos que ensayar dentro de un rato.

Desde el fondo de la clase, Bobby me hace una mueca que dice mucho. Está repleta de malas palabras y es una suerte que no lo diga en voz alta porque los anteojos de Brisca-“bizca” estallarían en mil pedazos.

Historia no es el fuerte de Bobby. Está más dotado para el bajo, pero, lamentablemente para él, todavía no forma parte del programa escolar. Yo lo que detesto es Matemáticas. Me parece que ya lo dije, pero creo que nunca me cansaré de repetirlo.

Historia no es tan terrible. ¡Ah! Si no hubiera tantas fechas Para memorizar... Bastante me cuesta recordar el cumpleaños de mi papá ¡cómo pretenden, entonces, que sepa el día en que Cartier puso sus pies en Canadá!

Finalmente, logré retener el día del cumpleaños de mi mamá. Fue sencillo: me amenazó con no volver a regalarme nada más en el mío, si volvía a olvidarlo. En esos casos cualquier chico recupera la memoria.

El timbre del fin de las clases nos libera. Bobby me hace señas de que me espera en el pasillo. Me apuro a recoger mis cosas porque quiero volver a ver a la pelirroja.

Me enteré de que estaba en el mismo año que yo, por lo tanto en el mismo piso, pero no sé en qué división. Hay tres.

La señorita Brisca me atrapa al pasar.

—Lucas, ¿qué pasa? Tenía notas mucho mejores...

—Ya sé señorita, voy a recuperarlas.

Sigue reteniéndome del brazo, mientras que yo estiro el cuello hacia el pasillo. Para mis adentros, deseo que termine de una vez; las aulas se vacían y voy a perder a mi pelirroja.

—Está menos atento que antes. Eso le va a jugar una mala pasada. ¿Tal vez le preocupa la desaparición de su perro?

La miro directamente a los ojos. ¡¿Cómo puede ser que sepa esto?!

—¿Quién se lo dijo?

Me estoy volviendo paranoico. Veo ladrones de perros por todas partes.

—Nadie. Pero oí a algunos de sus amigos hablar de eso esta mañana.

—¿Ah, sí?

Las noticias vuelan. Quizá sea mejor así. Cuanta más gente lo sepa, más fácil será encontrar al bicho. Sin embargo, me sorprende, porque solo se lo conté a Bobby.

La “bizca” no me suelta más. Quiere ser amable conmigo, pero, a la vez, me hace perder la única ocasión que tengo de ver a la pelirroja.

—Es dura la desaparición de un animal al que apreciamos. Yo también perdí un pequeño podenco al que quería mucho. Se llamaba Puppy.

³ Navegante francés que remontó el río San Lorenzo y descubrió Canadá hacia el año 1534.

Apenas la escucho.

Desde la puerta, Bobby me hace muchas señas mostrándome su reloj.

Felizmente, la Brisca no ve los gestos que está haciendo. Debo esforzarme para no echarme a reír.

—¿Cómo se llama? —agrega, porque sigue con el tema del perro.

—¿Eh? ¡Oh!... yo... Tengo que irme, tengo... tengo que ir a... a rehacer mi tarea.

Y me voy a las corridas. ¡Fiu!

Y por supuesto... el pasillo está vacío. Y por supuesto... no hay ninguna chica pelirroja a la vista.

¡Ufa! Si esto sigue así, nunca sabré quién es esta chica y qué hacía ayer a la noche con su grupo de perros...

—¡Fue para largo! A mí no me molesta, pero tenemos solo dos horas para ensayar. Después, ocupan la sala Los Buenos para Nada.

Corremos escaleras abajo. No hay ninguna chica pelirroja a la salida.

Ni tampoco un perro esperándome en la vereda. Borraron el mensaje de ayer. Nado en un mar de misterio y no estoy dotado para el suspenso. Es como decir que me estoy ahogando en esta historia.

Nos dirigimos hacia la Casa de la Juventud, en donde se encuentra nuestra sala. Gegé ya está ahí, Alex también.

Por lo general, nos lleva cierto tiempo instalarnos. Siempre hay algo que falla. Cables que faltan, que están mal conectados o un micrófono que funciona una de cada dos veces.

Cabe aclarar que no somos profesionales. Todavía no. Pero estamos en eso.

El problema es que cambiamos a menudo de músicos. Y, además, no tenemos mucho tiempo para ensayar. Tampoco encontramos a una cantante. Bobby está en el bajo; Gegé, en la guitarra; Alex, en la batería y yo en el saxo.

Por el momento, tenemos dos canciones (y siempre ensayamos las mismas); pero dos buenas, eso sí. Por algo se empieza.

El resto del tiempo, buscamos un nombre para el grupo. No es fácil encontrar un nombre. El hermano de Gegé, que tiene una banda a la que le va muy bien, dice que pasamos más tiempo buscando un nombre que tocando.

Por ahora, nuestra banda se llama Los Perdidos, pero todavía no es unánime. Durante un tiempo nos llamamos Los Indecisos; no nos quedaba mal teniendo en cuenta la rapidez con la que tomábamos nuestras decisiones.

Probamos con Los Colgados, Los Descolgados, Los Adolescentes; pero dentro de diez años, Los Adolescentes sería un problema. También pensamos en llamarlos Feos, Sucios y Malos... Pero como Los Perfectos Mugrientos, Maldito Pingüino y Negocio Sucio ya existen, seguimos buscando.

Mi saxo emite un sonido atroz. ¡Protestas vehementes por parte de la banda!

—¡Bueno, basta! Lucas... haz algo. ¡Qué horrible! Si ya no sabes tocar, te reemplazamos.

Bobby aprovecha para hacer una imitación de la señorita Brisca.

—Mi pequeño Lucas, le falta concentración. ¿Será acaso por la pérdida irreparable de su enorme “guau guau”? ¿De su perro roñoso?

—¿Cómo? ¿Perdiste a Perrazo Roñoso? —me pregunta Alex, medio escondido detrás de sus platillos.

—¡Ah! ¿No sabías?

Bobby le cuenta la desaparición del perro, sin olvidarse de la escena de los gritos en medio de la calle, que yo le había contado esta mañana. Por supuesto, todos se matan de la risa. Le agrega un montón de detalles, representando algunos momentos como si hubiera estado allí.

Debo confesar que, si teníamos ese aspecto, hay buenas razones para reírse. Este chico debería ser actor.

No menciona los graffiti que encontré en el lugar de Perrazo Roñoso, ayer a la noche, por la simple razón de que no se lo conté. Prefiero guardármelo para mí. No sé por qué, pero al verlos reír decidí callarme.

Por fin volvimos a tomar los instrumentos. El sonido de mi saxo es peor que el de hace un rato. La protesta también es peor.

Desatornillo el pico de mi instrumento.

—La lengüeta está partida y tengo que cambiarla.

Al acercarme a la ventana para tomar la caja de lengüetas, que está en mi maletín, miro hacia afuera. Una costumbre que me gusta.

La sala está en el sexto piso. Les aseguro que es un tema subir los instrumentos y los amplificadores cada vez. Seguramente, los responsables nos ubicaron tan alto para desalentar nuestra carrera de músicos. Pero no lo lograrán tan fácilmente.

Del otro lado de la calle veo, primero, un perro blanco; después, uno con manchas negras; un tercero beige con las orejas marrones y otro que se mueve sin cesar y tampoco tiene nada que ver con mi Perrazo Roñoso.

En el extremo de una infinidad de correas, en el extremo de un brazo blanco como la leche dulce... tengo la dicha de ver... a una chica pelirroja. Mi chica pelirroja.

Bobby se impacienta. Yo sigo mirando a la pelirroja, que se está liberando de las correas que la rodean y que no la dejan avanzar. Los perros dieron vueltas alrededor del poste y ella está un poco atrapada entre las patas de los animales.

Mejor, de ese modo tengo la oportunidad de observarla todo lo que quiero.

A veces el destino es generoso. A su pesar, está atada al poste para un estrecho interrogatorio. ¿Al poste de tortura? Es una forma de decir.

Sin duda, desde un sexto piso, seguiré sin poder ver el color de sus ojos; tampoco sabré su nombre ni podré preguntarle si me robó a Perrazo Roñoso. Pero sobre todo, ¡oh!, sobre todo, no podré decirle que me gustaría que fuera mi novia pelirroja, aunque haya tomado prestado mi perro...

¡Porque debió tomarlo prestado! Esa chica no parece una ladrona de perros. ¡Seguro, todo tiene una explicación!

Tal vez, le falta un perro para su colección... o trabaja a medio tiempo para la Sociedad Protectora de Animales o quizás se está preparando porque sueña con ser veterinaria... o embalsamadora... ¿Por qué no? ¡Si mi papá es payaso...!

—Ya no eres capaz de cambiar una lengüeta? Dame, lo voy a hacer yo, si no vamos a seguir acá dentro de dos meses.

Bobby se acerca. Mira en la misma dirección que yo. Gegé también se une a nosotros.

—¿Qué están mirando?

Solo Alex permanece en su lugar. Pareciera que está atornillado a su banquito. No hay muchas cosas que lo hagan mover. Sigue practicando sus golpes con los palillos. En general, golpea sobre cualquier cosa que tenga cerca, cuestión de no perder la mano. Ahora, sigue el ritmo en el aire.

—¿Quién es esa chica? —pregunta Bobby.

En lugar de decirles lo que pienso realmente: “Ah, chicos, eso es exactamente lo que quisiera saber! , simplemente les digo:

—¿Eh? ¡Eh!... No sé.

Siento que tengo los cachetes colorados y que se nota.

—¿Qué hace con todos esos perros? —nos pregunta a su vez Gegé.

Mi monólogo interior continúa: “¡¡¡A mí también me gustaría saberlo, mi querido Gegé!!!”

La chica sigue luchando con la jauría. Parece que las correas están anudadas.

Y entonces, bruscamente, Alex interviene desde el fondo de la habitación.

—¿Es la chica pelirroja que pasea con... no sé cuántos perros?

—Sí.

Creo que grité. Mi saxofón estuvo a punto de caérseme de las manos.

—¡Ah! Es la Rasta Colorada.

—¿Quién? — preguntamos los tres al unísono. Yo más fuerte que los demás.

—Es una chica de nuestro colegio...

En mi cabeza, sigo respondiéndole: “¡Alex, eso ya lo sé!”

—Está en el mismo año que nosotros, pero en otra división...

Eso también lo sé. ¿Qué más? Vamos, Alex... dime todo.

—¡Ehh!... Rasta Colorada no es realmente su nombre...

¡Qué chistoso es Alex! Eso me lo imaginaba... Aunque, hoy en día, los nombres...

—Pero no sé su verdadero nombre. Sé que todos le dicen “Rasta” porque suele hacerse un centenar de trencitas finitas, finitas. Como las africanas.

Mis pensamientos siguen volando por su cuenta: “¡Oh! Me gustaría verla con trencitas finitas, finitas...”.

No me animo a preguntar por la Rasta Colorada y por los perros. Demostraría demasiado interés.

Afortunadamente, Alex vuelve a rescatarme. Pero a cuentagotas. Este chico dice un fragmento de frase por vez. Como si guardara su energía para los tambores y los platillos.

—Se la ve seguido pasear con sus numerosos pichichos. A la mañana y a la noche, me parece.

Para mis adentros, le suplico: “Sigue, mi querido Alex. Tómate tu tiempo, no me molesta. Te escucho, soy paciente. Vamos, dale, estoy pendiente de tus labios...”.

Me parece que va a agregar algo... Pero no. Nada más. Volvió a sus palillos.

¡Bueno, está bien! No avancé demasiado. Ella sí, porque se soltó de las correas y prosigue el paseo con sus protegidos.

Qué afortunados.

Me gustaría hablarles de ella, pero me contengo. Si me van a tomar el pelo como recién, mi perro estaría muerto. ¡Es una forma de decir!

Me apuro a colocar la nueva lengüeta. Seguimos tocando un poco más y les dejamos el lugar a Los Buenos para Nada, que son mejores que nosotros, dicho sea de paso. Pero solo porque tienen instrumentos de mejor calidad que los nuestros.

Sus padres pagan todo. Eso facilita las cosas. Gegé, Alex, Bobby y yo trabajamos durante el verano o los fines de semana para comprar unos Fender, Pearl y Gibson⁴.

Después, cada uno vuelve a su casa. Entonces, me acuerdo de que, además de las tareas habituales, tengo que rehacer el trabajo de Historia.

Y yo, la única historia que tengo en la cabeza se llama, por el momento, la Rasta Colorada.

Por si acaso, cruzo hacia la calle de enfrente de la sala y me quedo cerca del poste en el que recién estaba la pelirroja de los mil perros. Me lleno completamente de buenos olores. Todavía hay un qué sé yo en el aire.

Y entonces, casi me caigo al suelo de la sorpresa.

Frente a mí, en la pared de la Casa de la Juventud, entre dos o tres graffiti ilegibles, veo un mensaje trazado con tiza blanca. Es para mí, estoy seguro. El mensaje dice: "Yo sé dónde está".

Capítulo 4

La pesadilla de las *trenzaz*

Esa noche tuve una pesadilla espantosa. Un sueño tonto, pero que parecía tan real que pensé que había llegado mi hora.

Estaba en la vereda, frente a la Casa de la Juventud, atado a un poste telefónico. No podía moverme en absoluto. Un centenar de trencitas pelirrojas hacían las veces de cuerdas y me sujetaban los tobillos, los puños y la cintura. Estaba cubierto de trenzas y no lograba soltarme.

Y oía que la gente se reía, pero con una risa desaforada.

Yo no podía entender qué era tan gracioso. Levanté los ojos y vi en el sexto piso, en el edificio de enfrente, a la chica pelirroja rodeada por mis amigos, Alex, Gegé y Bobby. Además, Bobby tenía puesta una nariz colorada como la de mi papá.

Pero lo peor es que la chica pelirroja se reía más fuerte que los demás.

Y ni siquiera podía taparme los oídos porque estaba atado.

¡Ah, sí! También me acuerdo que había un montón de perros que babeaban sobre mis zapatos. Incluso llegué a pensar que me iba a ahogar.

Así como les digo, ¡era horrible!

Y durante todo ese tiempo, trataba de leer unos graffiti sobre la pared de enfrente. Por más que entrecerraba los ojos para ver mejor, las letras no paraban de moverse... se me nublaba la vista.

⁴ Fender, Pearl y Gibson son reconocidas marcas de equipos musicales.

Y continuamente había nuevos graffiti que se agregaban a los primeros o que los reemplazaban. Estaban escritos en formularios de diferentes colores. Había algunos en inglés, otros en japonés... otros en árabe.

Y yo trataba de encontrar el código o el sentido oculto en aquellos mensajes.

Estaba convencido de que, si los ponía uno al lado del otro..., terminaría descifrándolos, pero ni siquiera alcanzaba a leerlos.

—¿Podrías dejar el pimentero, Lucas?

—...

—¿Lucas? ¡Te estoy hablando!

—¿Eh?

Me sobresalto. Estoy sentado a la mesa frente a mi madre y tengo en la mano el pimentero en el que la palabra pimienta está escrita en diferentes idiomas. ¡Ah! ¡La historia de los graffiti en idiomas extranjeros viene de ahí!

¡Yo sigo durmiendo! Ya no quedan rastros de las trenzas alrededor de mi cuerpo... ¡pero qué estrés!

—¿Me puedes pasar la pimienta? —me vuelve a preguntar Nicole por enésima vez.

—Me parece que hay olor a panceta.

—No estás muy despierto, ¿no? Uno, dos; uno, dos. Llamando a la Tierra... Llamando a la Tierra. ¡Hola! ¡Hola!...

Mi mamá está bromeando. Es uno de sus chistes favoritos y habituales, y que no me hacen reír en lo más mínimo. Digamos que tiene otros talentos mejores que ese. Entiendo por qué se casó con mi papá.

—Sí, sí, hay olor a panceta.

—Pero ¿cómo? ¡Si hoy no es sábado!

—Tengo una noticia para darte: hoy es sábado.

—¿Y Lili?

Pregunto, porque Lili forma parte del ritual del sábado-a-la-mañana-con-panceta. Solo comemos panceta los sábados y siempre con Lili.

Nicole me indica que mire hacia la heladera.

Y descubro a la pequeña Lili mirando por la ventana del microondas que está encima de la heladera.

Está parada sobre un banquito con los codos bien apoyados en la parte de arriba de la heladera, porque es demasiado baja y el microondas está demasiado alto para ella. Se deleita observando la grasa de la panceta.

Lili es así. Un día decretó que lo más excitante del mundo era mirar a través de la ventana del horno a microondas cómo se fríe la panceta. Creo que para ella es el programa más fabuloso que pueda haber. Walt Disney puede seguir durmiendo.

Es lo que debería hacer yo, por otra parte. Ese sueño me mató.

¡No es posible que sea sábado! Me parece que me salteé una parte.

Pasaron cuatro días y Perrazo Roñoso sigue sin aparecer. Y no entendí nada de los mensajes escritos en la vereda y en las paredes.

Ayer vi otro que decía: "Sígueme." Y estaba firmado: "L."

¿“L.”? ¿Quién es L.? E-l-l-a⁵. Claro, enseguida pensé en Ella. Pero quizá pienso demasiado en E-l-l-a, precisamente, y la veo en todas partes. Hasta en las paredes. Hasta en mis sueños. Esta chica me provoca pesadillas.

Por más que la repita, una y otra vez en mi cabeza, toda esta historia de los grafitti no tiene ningún sentido. Al menos para mí.

Perrazo Roñoso... yo sé dónde está... sígueme. L.

Las luces deberían encenderse en mi cabeza, aunque esté dormida. Por más que emplee todas mis nociones de análisis gramatical, ningún resplandor aparece en mi cerebro.

La cosa se complica porque estoy metido hasta el cogote, y hasta el corazón, en esta historia. Y la emoción, es bien sabido... confunde las cosas...

¿Quién escribe esos mensajes? ¿Están realmente dirigidos a mí? ¿Y si solo fuera una coincidencia?

¡Ah! ¡Qué complicado es esto! Y todo a causa de ese perro roñoso. Todo es culpa suya. Y enseguida me pongo a pensar que, tal vez, él la esté pasando peor que yo. Habría que hacer algo para encontrarlo.

—Habría que hacer algo para encontrarlo.

Debo pensar muy fuerte... el eco resuena en la habitación. Después me doy cuenta de que en realidad, es Nicole la que acaba de pronunciar esa frase.

—¿Me escuchas, Lucas?

—Sí, sí, está bien, acá estoy. Yo también quiero hacer algo, ¿pero qué?

Ella me habla de la pequeña investigación que realizó. Primero llamó por teléfono a la perrera, y ahí no había ningún perro de ese color ni de ese formato, como le explicaron gentilmente.

Le contesto que es comprensible, que ya no se hacen más modelos así. Los terneros ahora viven en el campo.

Ella agrega, con una paciencia muy maternal, que también llamó a la Sociedad Protectora de Animales y que tampoco encontró nada por ese lado. La Municipalidad no recogió ningún perro aplastado y los vecinos más cercanos no vieron a un Perrazo Roñoso como el nuestro.

Lili saltó de su banquito para venir con nosotros. Es la señal de que la panceta está lista. Nunca ponemos la alarma, confiamos en el ojo de Lili.

—Nadie, nadie vio a *Pegrrazo Groñozo*. Yo también lo *buzqué*.

Le pregunto a Nicole qué nos queda por hacer si todas sus gestiones fracasaron.

Pero una madre, ya se sabe, está llena de recursos. En todo caso, a la mía nunca le faltan.

—En la oficina fotocopié unos cartelitos que podríamos poner en los postes...

—¿Tu cartelito cómo ez? ¿Apareze la foto de *Pegrrazo Groñozo*?

Nicole se ríe.

—¿Sabías, Lucas, que tenemos una sola foto de ese perro? Es de cuando era chiquito y lindo. Tuve que ampliarla varias veces para que pareciera un perro grande.

—¿Y qué aspecto tiene?

⁵ En francés, Ella se dice Elle, y se pronuncia “ele”, como la letra. (N. de la T.)

—Algo medio raro.

—¡Lo normal, entonces! Muéstrame.

Mi mamá saca de su cartera los cincuenta cartelitos que imprimió.

¡Horrible! ¡Y para colmo, Perrazo Roñoso no es muy bonito que digamos! Ahí está para morirse de risa. Parece un enorme perro hinchado, inflado como un globo... a punto de estallar. Un dirigible peludo. Uno podría jurar que es feroz porque sus dientes aparecen exageradamente largos y porque la ampliación le hizo unos ojos de sapo.

Es la primera vez que este perro puede parecer atemorizante. En general, tiene un aspecto tan zonzo.

Mi mamá se disculpa diciendo que hizo lo que pudo con lo que tenía. Y que, al menos, da una idea general de lo que parece ahora.

Sobre la foto, está la descripción del monstruo y la lista de sus cualidades. Mi madre no tuvo en cuenta sus defectos, seguramente para no asustar a la población. Agregó nuestro número de teléfono y el de mi papá.

Examinó la fotografía de más cerca y veo una enorme mano que rodea el cuello del perro. Por las dudas, averiguó.

—¿De quién es la manota que aparece ahí?

—¿Cuál manota que *apareze*, cuál manota que *apareze*?

Por poco, Lili me arranca el cartel de las manos.

Nicole le dice que es la suya. Que es una foto de ella y del perro cuando los dos eran chiquitos. Ella protesta, totalmente insultada, mirándose las manos.

—¡Yo no tengo *unaz manotaz azí!*

Me vi obligado a explicarle que mi querida madre había tenido que agrandar la foto del “Perrito Roñoso” para que se transformara en Perrazo Roñoso. Y como su mano estaba en la foto, había corrido la misma suerte.

—¿Y yo dónde *eztoy, entonzez*?

—No entiendo... ¡¿De qué hablas?!

—Y zí, bobo. Zi mi mano *eztá* en la foto, ¿yo dónde *eztoy*?

Felizmente, Nicole intervino. Todavía estoy muy dormido para explicarle a Lili la dura realidad de los avisos de búsqueda.

—Te tuve que sacar de la foto, Lili. La corté en dos y así solo agrandé el perro.

Un poco más y Lili se subía a la mesa.

—No *ez juzto*. Yo no quiero que me corten. Yo también quería *eztar* en la foto con *Pegrazzo Groñozo*.

Ahora sí confieso que no entiendo nada. No, pero es en serio. ¿De qué habla?

Ella nos contesta que es para que “no *ezté zolito*”. Después de todo, no se equivoca. “*Eztá perdido eze pegrro. No hay que dejarlo zolo en el pozte*”.

Mi mamá, con la paciencia de un ángel, le explica a Lili que, si pusiéramos su foto en los postes, todo el mundo creería que también ella desapareció. Como Perrazo Roñoso.

Afortunadamente mi mamá está acá, yo creo que le habría pegado un grito. A veces, Lili me saca de quicio. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no para. Y no estoy de ánimos para seguirle el juego a Lili.

Dejo que Nicole soporte sola el parloteo de Lili e intento organizar mi día. Es sábado, por lo tanto no hay colegio. No podemos ensayar porque la sala está ocupada.

Lo único que me queda por hacer es aprovechar y pasear por la calle para ver si encuentro a la chica de los perros trenzados y los cabellos. ¡¿Eh?! De los cabellos trenzados y los perros.

—Lucas, tendrías que ir a ducharte.

—...zí, ez verdad, *tendríaz* que ir a ducharte —repite el eco Lili.

Parece el yeti que persigue al capitán Haddock⁶.6

—¡¿Qué te metes. Lili-yeti?!

Y lentamente comienzo a transformarme en monstruo. Me encanta. Pongo los ojos en blanco, estiro los brazos separando los dedos y gruño como para tirar abajo la casa. A Lili eso le fascina, pero fastidia un poco a mi mamá, que me agarra de los hombros para calmar mis impulsos monstruosos y me sienta, mientras prosigue:

—Te das una ducha y después...

—Y después...

—Y después, tendrías que ir a clavar o pegar estos carteles por el barrio, si queremos encontrar al perro.

Por lo menos, estoy lo suficientemente despierto como para reaccionar. Si hay algo que detesto, es que organicen, en mi lugar, mi vida o mis horarios.

—¡Ni hablar!

—Zí, zí... yo también. Yo quiero ir con *Lucaz*.

—Mucho menos con esta sanguijuela.

—Yo no zoy una *zanguijuela*. Yo no zoy una *zanguijuela*.

Es más fuerte que yo, me irrita; entonces reacciono.

—*Zanguijuela, zanguijuela*.

Mi mamá interviene diciéndome que me calme y que respire por la nariz.

—¡Zoy una nena, no una *sanguijuela*!

—¡Ay! ¡*Lucaz, bazta*!

Mi mamá también cae. No podemos evitarlo; cuando Lili está mucho tiempo en casa, terminamos contagiándonos de su manía de la z.

Mi mamá se ríe como loca, yo también. Solo Lili permanece en su actitud de pequeña “*zanguijuela insultada*”.

Mi mamá aprovecha ese momento de tregua para anunciarle sus intenciones. Porque de eso se trata desde hace un rato. Mi mamá me informa que Lili me va a acompañar en mi misión porque hoy tengo que cuidarla.

Lili está encantada, por supuesto; tiene la sensación de haber ganado.

Yo me niego. Ni hablar de ocuparme hoy de ella. Tengo cosas más importantes que hacer.

Entonces Lili empieza a gritar que ella también “ez una coza importante”.

Siempre me pregunta cómo harán los chicos para sacar sonidos tan agudos de sus diminutos cuerpos.

Mi madre la tranquiliza diciéndole que no se preocupe, que Lucas se va a ocupar de ella todo el día. Y que juntos vamos a ir a buscar el perro. Agrega que está convencida de que me va a ser de gran ayuda.

⁶ El capitán Haddock es el compañero de aventuras de Tintín, el famoso personaje del historietista francés Hergé. Entre las aventuras más célebres de este dúo se encuentra aquella en la que persiguen al Yeti, el “abominable hombre de las nieves” del Himalaya.

La *zanguijuela* me saca la lengua antes de irse al cuarto de huéspedes. Y le pregunta a mi madre si hace falta que se ponga “alguna coza ezpezial para *buzcar al pegrro*”.

¡Como si saliéramos de expedición con el comandante Cousteau⁷ o en busca del Arca perdida!⁸

—No, no —contesta mi madre con su paciencia habitual—. Ponte lo que trajiste, estarás bien. Y no te olvides de llevar un suéter. Tu mamá me dijo que todavía te dolía la garganta.

En ese preciso instante, juro para mis adentros que nunca tendrá hijos. ¡Nunca! Es demasiado problema. Y le lanzo a mi mamá una mirada que lo dice todo.

Sigo hablando en vos baja aunque Lili ya no esté en la habitación.

—¿Cómo puede ser que termine con Lili a cuestas, un sábado a la mañana? ¡¿Cómo puede ser?!

Mi mamá me explica, en un tono aún más bajo, que ella no tiene la culpa. Mi papá da una función suplementaria esta tarde en el circo y nos pidió que cuidáramos a Lili.

Yo intervengo lo más rápido posible para librarme de esa misión imposible:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Dijo nosotros! ¡Nosotros no es yo!

Para hacerme sentir culpable, mi mamá me mira con su carita supermaternal. Pero esta mañana no funciona. Me resisto al máximo. Esta vez no va a salirse con la suya.

—Esa nena tiene una madre. Que se ocupe. Siempre la traen a casa. Cuando no es por el perro, es por la panceta... o por...

—Y te encanta.

¡Ah! No sé cómo serán sus madres, pero la mía tiene una forma de neutralizar las cosas que me irrita. Lo peor es que siempre sabe por dónde atraparme. En fin, casi. Sin embargo, no me doy por vencido tan rápidamente.

—¿Por qué no te ocupas tú de ella, eh?

Me pregunto qué respuesta encontrará ahora.

¡Y sí! Algo encontró.

—¿Quién va a limpiar, a hacer las compras y la comida?

Ese es un argumento contundente. Sabe muy bien que detesto ese tipo de tareas molestas... y que prefiero aguantarme a Lili, incluso todo un sábado a la tarde.

Y para estar segura de que no me echaré atrás, además juega con mis sentimientos. Solo falta que comience a sonar toda una orquesta de violines en la cocina.

—Y, además, es tu hermana.

—Mi media hermana.

Sí, ya sé... es un golpe bajo... Pero bueno, me gustaría verlos en mi lugar.

Así, Lili parece muy adorable, pero de cerca es otra cosa. Se mueve sin parar, habla todo el tiempo y se ríe de cualquier cosa.

Y digamos que, últimamente, tengo otra cosa en la cabeza.

Me enfurezco un poco para guardar las apariencias, si no, no sería un adolescente normal. Y voy camino a la ducha en el momento en que Lili regresa, sin su pijama con

⁷ Jacques Cousteau fue un célebre oceanógrafo francés que contribuyó al conocimiento de la fauna y la flora submarinas a través de sus filmaciones.

⁸ Se hace referencia al Arca de la alianza, la mítica urna en la que Moisés depositó las tablas de la ley que Dios le entregó en un monte del desierto de Sinaí.

patas y con dibujos de pegrroz zalchicha y disfrazada de exploradora. Se dirige hacia mi madre con un cepillo y varias banditas elásticas.

—Nicole, quiero que hagaz muchaz trenzaz tiquitaz tiquitaz en el pelo.

De golpe, mi corazón deja de latir y siento un gran agujero en el pecho. Y un segundo después comienza a galopar tan fuerte que me da la impresión de que el ruido se extiende por toda la cocina.

Y yo que creía haberme librado de mi pesadilla, ahora estoy de nuevo nadando en su interior.

Me di vuelta de un salto y exclamé:

—¿Por qué, por qué quieres trenzas?

—¡Caramba, Lucas! ¿Qué te agarró?

Debí asustar a Lili porque me mira con los ojos llenos de lágrimas. Por fin me dice, entre sollozos, que “ez porque ze quiere parezer a una chica pelirroja que ze haze trenzaz y que pazea pegrroz”.

Casi salté sobre ella.

—¿La conoces?

Me tomo un instante para calmarme y la alzo gentilmente. ¡Y bueno, necesito saber!

Le hago una Sonrisa simpática y le acaricio suavemente la espalda. Si no se va a cerrar como una ostra y no podré saber nada.

Lili recupera un poco su compostura y me responde como si nada:

—No, no la conozco, pero la veo zeguido.

Trato de no darle demasiada importancia a lo que dice.

—¡¿Ah, sí?!

—Zí... y pazea pegrroz y, ¿zabez una coza?... Ez una chica rara, a vezez ezcribe palabraz en la vereda y en laz paredes.

—iii¿¿Qué??!!

Capítulo 5 Lili delira

Lili camina delante de mí, con una aureola alrededor de su cabeza. De hecho, parece un extraterrestre con una multitud de antenas paradas en el coco.

Nicole logró hacerle las famozaz trenzaz. Pero como tiene el pelo más bien corto, salen para todos lados.

Pienso en la chica pelirroja. Nunca la vi con sus trenzas finitas, finitas, pero ahora estoy seguro de que el aspecto cambia mucho.

Lili lleva una carterita en bandolera que le prestó Nicole y que contiene los carteles, el martillo y las chinches.

— Lili está feliz y orgullosa como un Pitufo o que transporta, él solo, un hongo gigante.

Transpira la gota gorda, pero ni hablar de que yo la ayude. Está dispuesta a llevarla ella sola.

La misma escena se repite durante una eternidad: un inmenso poste, un gran cartel, una chinchechita, dos martillazos medianos y después uno más fuerte, para que se sostenga mejor.

Y nos vamos. Y volvemos a empezar. Ya estoy harto.

Miro a Lili y me sorprende de haber sido como ella... no hace tanto tiempo.

La cosa más insignificante se convierte en un juego. Está ahí, no piensa en otra cosa y se divierte,

Yo ya no soy así. Me paso la vida metido en mi cabeza. Un poco como si todo el tiempo estuviera detrás de mis ojos. No vivo, pienso. Y trato de entender lo que pasa.

Espero que algún día pueda salir de mi cabeza porque, a la larga, voy a terminar ahogándome. Es un poco el mismo principio de las ventanas cerradas herméticamente. Necesito el exterior para vivir.

¡Ah! Y además, no hay ninguna chica pelirroja a la vista. Pero postes, eso sí que hay. Justamente, Lili ve otro y corre hacia él.

—*Lucaz, Lucaz...* ven rápido.

—¿Qué? ¿Qué hay? Para de correr y de excitarte así, estás colorada como un tomate.

—No *tenemoz máz cartelez. Ez* el último...

Mejor, mi querida Lili, mejor. Vamos a poder descansar. Me pregunto con qué la voy a entretener después de esto.

¡Ah! No tendrían que existir las hermanas, ni siquiera las medias. Y eso especialmente los sábados.

Nuestros padres pueden decir que no tenemos cabeza. No sé dónde la tienen ellos cuando deciden tener un hilo. De hecho, nos obligan a convertirnos en padres.

Parece que es para que tengamos más sentido de la responsabilidad... De la suya, en realidad.

Entre dos ataques de tos, Lili logra dar el último martillazo ella sola. No tengo ninguna intención de contradecirla. No es el momento.

—Buen día. Lili ¿Estás organizando una feria americana?

Me doy vuelta y veo a un hombrecito muy delgado cerca de Lili. Me parece que ya lo he visto antes. ¡Ah, sí! Es el jefe de preceptores de su escuela.

—No, no. El *pegrro* de *Lucaz* no *eztá* en venta, *eztá* perdido.

El hombrecito se acerca, entrecierra los ojos para ver mejor, pero retrocede ante el monstruo. Le resulta un perro muy grande. Y quiere saber cómo se llama.

—*Pegrrazo...*

No sé por qué, pero instantáneamente le tapé la boca a Lili con mi mano para que no siguiera.

El señor no se dio cuenta de nada, porque debió considerar que Perrazo, a secas, le quedaba muy bien.

—Yo, en general, veo nenes chiquitos como tú, pero si veo un perro grande como él te avisaré.

Miro una vez más la ampliación de Perrazo Roñoso y pienso que si alguien lo vio, se debió comunicar con el zoológico para librarse de él, convencido de que era un orangután, no un perro.

Lili abandona con desgano a Perrazo Roñoso en el poste, después de una tonelada de besos y de promesas de encontrarlo, de más está decir. La gente la mira despedirse y parece resultarles divertido. A mí, no tanto.

Como hay un parque a dos pasos, le propongo a Lili que vayamos. Seguramente encontrará algo con qué entretenerte y yo podré tirarme en el césped para pensar, una vez más, en la chica pelirroja.

De hecho, pienso todo el tiempo en la chica pelirroja. Es la primera vez que una chica me obsesiona tanto.

Lo cierto es que no he tenido tiempo para acostumbrarme a ella, porque cada vez que me le acerco, nuestro encuentro es de corta duración. En un primer momento, mi corazón deja de latir porque estoy sorprendido de verla. Y al cabo de unos instantes, se acomoda; es decir, vuelve a latir más o menos normalmente, y después ella desaparece de nuevo. Entonces, mi corazón vuelve a hacer de las suyas y me pasea por una montaña rusa.

A este ritmo, no voy a llegar a viejo. Seguramente no pasaré de los veinte. O si no, voy a necesitar un trasplante cardíaco.

—¿Por qué me *tapazte* la boca *rezién*, cuando *eztaba* el *zeñor Zanzón*?

Una vez que me puedo tirar tranquilamente, Lili me salta encima y toma mi estómago como si fuera la montura de un caballo.

—Porque... ¡ay!... porque... Lili, para de moverte, me haces doler el pecho.

—¿Por qué no queríaz que le dijera al *zeñor Zanzón*: *Pegrrazo Groñozo*?

—Sí, por eso, Lili, por eso. Entiendes rápido.

—Zí, pero ze llama *Pegrrazo Groñozo*.

—Bueno, pero no tendríamos que llamarlo así.

—¿Por qué?

¡Ah, no! Que no empiece con su serie de porqué.

—Lili, para de hacerme preguntas...

—¿Por qué?

¡Ahhhhh! Voy a gritar. Tiene que pasar algo inmediatamente o voy a provocar una desgracia.

Y algo pasa. De hecho, alguien pasa. Y Lili sale corriendo hacia una nenita que está acompañada por su padre, exclamando: “Maude, Maude”, a través de todo el parque.

Las dos se sientan. Maude lleva consigo un harén de muñecas Barbie y se ponen a vestirlas... y a desvestirlas... A peinarlas... a cambiarles el peinado... a...

Y me quedé dormido sobre el césped, inmerso en un sueño rojizo. ¿Mucho tiempo? No lo sé. Pero me despierto sobresaltado porque el papá de Maude me sacude.

—Discúlpame, pero creo que tu hermana está enferma.

Me levanto de un salto.

—¿Cómo enferma?

Caramba, hace dos minutos saltaba como una pulga.

Me acerco a Lili. Efectivamente, no parece sentirse bien. Tiene las mejillas mucho más coloradas que hace un rato, sus ojos tienen un brillo extraño están llenos de lágrimas. Entre sollozos, repite que le duele la garganta.

La alzo. El papá de Maude nos quiere llevar. Yo le explico que vivimos a dos pasos del parque y que será más rápido ir a pie.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda, jovencito?

—No, gracias.

El jovencito se las puede arreglar solo. Odio que me llamen así.

Y de todos modos, no debe ser tan grave. Regreso a casa para acostarla, y en una hora va a volver a saltar como una rana.

Sin embargo, decido tomar un atajo para llegar más rápido. Lili está acurrucada en mis lazos y repite sin cesar, lloriqueando, que se le prende fuego la garganta.

¡Y mi madre que no está en casa! ¡Yo no estoy acostumbrado a las chiquitas enfermas!

Al llegar, acuesto a Lili en mi cama y le coloco una compresa de agua fría en la frente. Eso no puede hacerle mal.

Ahora llora sin parar y reclama a su mamá.

Tu mamá no está, Lili, está trabajando. Tu papá tampoco. Está haciendo payasadas en algún lugar. Eres una huérfana que abandonaron en mis brazos inexpertos.

Le toco la frente, está ardiendo. Que no cunda el pánico, que no cunda el pánico...

Yo nunca cuidé a un bebé, yo nunca curé a un niño... yo...

¡Mamá! Ven a rescatar a tu hijito.

Me parece que la única forma de saber si Lili está muy enferma es el termómetro.

—Abre la boca, Lili.

—No. *Ezo* me duele.

—Ya sé, Lili... pero así vamos a saber si el fuego que sentís en la boca está muy, muy caliente. Y si hay que llamar a los bomberos para apagarlo.

Ella se ríe débilmente de mi broma. Sus ojitos están cada vez más afiebrados. Pero, ¿qué es lo que tiene?

Logro mantener el termómetro en su boca hablando sin cesar, para evitar que proteste.

No es posible, me tengo que haber equivocado. Miro de nuevo: tiene fiebre, cuarenta grados. ¡Eso es grave! Me parece que un poco más y uno se muere.

Espera, mi pequeña Lili, no te mueras.

Le toco los bracitos, la panza: arden. ¿Qué hace mi mamá en estos casos?

Ya le di una aspirina, no pasó nada. Hay que bajarle la fiebre de otra forma.

El baño frío.

Me vienen recuerdos horribles. ¡Oh, no, eso no! Es un infierno.

Me pongo nervioso. ¿Qué estará haciendo mi mamá? Hace tiempo que tendría que haber vuelto del almacén.

¡Ah! Si pudiera recurrir a alguien ¿Pero a quién? Mi papá está en el circo, hace dos espectáculos seguidos. Su mamá está en el negocio y no tengo idea de dónde trabaja.

¿Y la mía? Supongo que la mía no logra decidirse entre una marca de detergente que lava con agua fría y una con lavandina..., si no ya estaría en casa.

Al llegar a la cocina, veo una notita sobre la mesa, entre las bolsas de las compras a medio vaciar.

Fui a tomar el aperitivo a lo de una amiga.

—¿Qué amiga, mamá? ¿Adónde?

Grité muy fuerte, como si pudiera oírmela.

Comeremos a eso de las 20 hs.

Si Lili tiene hambre, dale algo para que pique mientras tanto.

Besitos.

Nicole

Esta chiquita no necesita comida sino algo que la cure, urgente.

Ya que no puedo contar con los adultos, decido arreglármelas solo.

Trato de recordar lo que hacía mi mamá cuando yo estaba en una situación similar.

Lili llora. Su estado empeora. Delira.

Preparo un baño muy frío.

Valor, no va a durar mucho. No sé a quién se lo estoy diciendo: si a mí o a Lili.

La sumerjo en el agua. Ella patalea, grita, hay agua por todas partes. Pienso que es menos complicado bañar a Perrazo Roñoso. Tengo la impresión de estar ahogando a una foca bebé.

Le canturreo cualquier cosa. Una de nuestras canciones. El heavy metal es muy relajante para una nenita que patalea en el agua helada. En realidad, sé muy bien que no es verdad, pero es lo único que se me ocurre.

Agrego la mayor cantidad de agua fría posible y, cuando siento que no va a soportarlo más, corro a meterla en la cama, envuelta en una toalla caliente.

Le tiembla todo el cuerpo y castañetea los dientes. Pero me parece que está menos caliente.

Me quedo sentado a su lado sosteniéndole la mano.

Parece que va a dormir. Yo también cierro los ojos. Solo unos minutos, lo necesario para recuperarme.

Suena el teléfono. Doy un salto.

—Y si es mi mamá?

—Sí, es por el perro.

—¿Qué perro?

—Vi el cartel del perro que se perdió. ¿Es ahí?

—Sí... sí.

Con Lili y su fiebre, me había olvidado por completo de Perrazo Roñoso.

—Vi uno que se parece al de la foto. Pero es un poco más chico y es marrón con una mancha beige.

—Entonces no es el mismo. —y cuelgo, aunque la mujer siga hablando.

Voy a ver a Lili. Está mucho más caliente que hace un rato. Le vuelvo a tomar la temperatura. Sigue subiendo. No es posible, no puedo dejarla así.

Llamo a lo de mi papá, seguro que ya debe haber vuelto alguien. Son las 20:30. Y si no hay nadie, voy a poder dejar un mensaje en el contestador. Así, va a estar al tanto de la situación.

Dejo que suene y, por supuesto, el contestador no está conectado.

Felicito a mi progenitor para mis adentros. ¡Bravo!

Ahora entiendo por qué me pregunta regularmente dónde tengo la cabeza. Él ni siquiera la tiene.

Garabateo unas palabras en el reverso de la nota que me dejó mi madre y la pongo bien a la vista sobre la mesa.

Fui a la urgencia del Hospital de Niños con Lili.

Está muy enferma.

Vengan todos cuanto antes.

Lucas.

Tomo el dinero que mi mamá deja en el mueble para las compras. Con lo que tengo debería alcanzar para tomar un taxi. Vuelvo a la cama de Lili.

Está que arde. Delira un poco.

—*Pegrrazo Groñozo; groñozo no, no hay que dezir.*

La envuelvo en una manta grande. Lloriquea pidiéndole al perro que *zuelte zuz trenzaz*.

Cierro el apartamento con llave y, cuando bajo las escaleras que conducen a la vereda, creo ver una aparición.

La chica pelirroja está frente a mí.

Sacudo la cabeza para recuperar el sentido.

Sigue ahí. El cuerpito caliente de Lili en mis brazos me da la certeza de que no estoy soñando.

—Vine porque quería decirte buenos días... eh... buenas tardes... pero no quisiera molestarte... quería explicarte todo ese terna de los perros... también habría que hablar de los mensajes... pero veo que no estás solo... ¿Alguien está enfermo?

Dijo todo eso de un tirón, a una velocidad increíble. Sin respirar y sin hacer pausas.

Entonces, corno el tiempo apremia y Lili comienza a llorar de nuevo, le pido que me ayude a encontrar un taxi.

—Porque tengo que ir a la urgencia urgente. Sí, eso.

Me parece que dije cualquier cosa. Pero debo haber sido bastante claro porque no bien terminé de decirlo... ella se fue.

Me preocupo. Cada vez que la veo, esa chica sale corriendo. Y es exactamente lo que está haciendo.

Espero no perderla de vista una vez más. Sobre todo en este momento.

Camino en la misma dirección que ella. Está ahí, con el brazo levantado, y un taxi se estaciona junto a la vereda.

Me deja subir primero en el asiento trasero con Lili en brazos y después se sienta a mi lado.

Sin mirarnos, le decimos al unísono al chofer:

—Rápido. Al Hospital de Niños. Es urgente.



Capítulo 6

Lucas se angustia

Ya hace más de una hora que estamos en la urgencia. No sé por qué la llaman así. Se tendría que llamar *paciencia*.

Desde esta tarde no tengo ninguna noción del tiempo.

Es lento, pero no se puede decir que no hay movimiento. Hay mucha agitación. Las enfermeras, los médicos... Y los padres enloquecidos que se levantan, uno tras otro, para preguntar cuando podrán ver a sus hijos.

Todos están tensos. Los niños lloran, los padres se impacientan. Y Lucas se angustia.

Estoy sentado con la chica pelirroja. Todavía no pronunciamos una sola palabra. Estamos ahí, sentados uno al lado del otro, como si lo hubiéramos hecho siempre. Los dos estamos inclinados sobre Lili, que se agita en su delirio. Está ardiendo. Me parece que su cuerpo se encogió. Parece tan frágil. Y cuando logra abrirlos, sus ojitos piden ayuda.

No tendría que haber niños que sufren. Son demasiado vulnerables, demasiado pequeños para defenderse.

En este momento, daría cualquier cosa para que le baje la fiebre y que vuelva a ser la pequeña Lili molesta, charlatana y pesada que yo conozco.

¡No puede ser! No ven que esta nena está delirando... que la fiebre no deja de subir...

Tengo ganas de gritar: "Hagan algo... Lili está muy enferma".

Todos tenemos que esperar... Creo que lo que más detesto en el mundo es esperar.

Por suerte, la chica pelirroja está a mi lado. Eso me da seguridad.

Ella se ocupó de Lili cuando tuve que ir a la oficina para inscribirla. Porque, por supuesto, no tenía el carné del hospital ni el de la obra social.

Y además, no me animé a ir a llamar a mi mamá. Como el teléfono está en la otra punta del pasillo, tuve miedo de perder mi turno.

Es como si estuviéramos en la carnicería. Hacemos cola para que nos den nuestro kilo de carne picada.

Ni rastros de mis padres. Pero me tranquilizo pensando que les dejé un mensaje y que pronto vendrán hacia aquí.

—¿Lili Berthiaume? ¿Lili Berthiaume?

¡Por fin! Nos toca a nosotros, Ya era hora.

La chica pelirroja y yo nos levantamos de un salto con Lili en brazos. Un médico, bastante joven, sostiene una historia clínica en su mano y nos indica que pasemos del otro lado de la sala de urgencias.

Nos mira de arriba abajo y nos pregunta, un poco sorprendido:

—¿Ustedes son los padres?

La chica pelirroja y yo nos miramos y nos echamos a reír al mismo tiempo.

—No —contestamos, también al mismo tiempo.

Tomo la palabra:

—Es mi hermana... mi media... mis padres no están... están trabajando los tres... ehh... los dos... su papá que también es mi papá y su mamá... Empezó a tener fiebre y yo no sabía qué más hacer... dice que le duele la garganta... Le pasa a menudo, pero sobre todo desde hace dos o tres semanas... a las 16 horas tenía fiebre, por lo menos cuarenta grados... le tomé la temperatura dos veces, le di un baño frio... le... y vinimos acá y... eso.

Me detengo, sin aliento. Me debo haber contagiado la fiebre de Lili o la manía de la chica pelirroja, porque me olvido de hacer pausas y de respirar.

El médico me mira con una sonrisita en la boca y me pregunta, con cierta ironía en su voz, si ya terminé.

Dudo un poco y le digo que sí, que eso es todo. Pero no puedo dejar de agregar:

—¿Qué tiene?

El médico, que no parece para nada molesto, toma a Lili en sus brazos, la coloca en una camilla y le pone un termómetro en la boca

—Eso es lo que vamos a ver,

Le toma el pulso. Menea la cabeza. Le saca el termómetro.

—Tuviste razón al traerla. La fiebre no bajó.

Sienta a Lili como puede. Ella no parece darse cuenta de lo que pasa.

—Vas a abrir la boca, grande, grande, mi linda. Vamos a mirar tu garganta.

Y en lugar de hacer juiciosamente lo que el médico le pide, Lili, en su delirio, le grita:

—¡Pegrrazo Groñozo!

Todo el personal médico se da vuelta para mirarnos.

Pero es más fuerte que yo; estallo en carcajadas y la chica pelirroja también. La tensión de las últimas horas, sin duda.

El médico se pone un poco rígido, nos mira con seriedad y después agrega, un poco para él y un poco para nosotros:

—¡Hum! Está bien educada, esta chiquita.

Sonríe y me siento mejor.

—No se estaba dirigiendo a usted.

—Mejor. Me alegra que ese agradable cumplido sea para otro —me dice el hombre sonriendo.

—No se trata de un insulto, Es un nombre... el nombre de mi perro. Se perdió y Lili lo reclama todo el tiempo desde que tiene fiebre.

—Les voy a contar esta anécdota a mis colegas, se van a divertir mucho.

Mientras tanto, él continúa con su examen. Mira dentro de sus oídos, le palpa el cuello. Logra hacerle abrir la boca y la examina minuciosamente.

—Ahí adentro escondes las malas palabras. ¿no?

Luego, dirigiéndose a mí. agrega;

—Está colorada. Muy inflamada. Veo en su historia que tuvo varias amigdalitis.

Esta vez, no se va a salvar. Va a haber que operar.

—¿Qué? —reacciono como si quisiera arrancarle las orejas.

—Una pequeña intervención. Hay que sacarle las amígdalas. No es nada.

—No me *laz* quiero *zacular* —nos dice Lili llorando—. *Lucaz*, no quiero.

La alzo y la acuno suavemente contra mí.

La chica pelirroja también se acercó, e intenta tranquilizarla.

—No duele, a mí también me las sacaron. Y después, sabes, te dan helado en todas las comidas.

El médico completa un formulario mientras consolamos a Lili. Después, vuelve hacia donde estamos nosotros.

—Van a dejárnosla en observación. Si se deshincha, si la fiebre baja, no será necesaria la intervención. Pero viendo su estado, me extrañaría. Voy a pedir que le preparen una cama para la noche. Vas a pedirles a sus padres que me llamen cuanto antes. Soy el Dr. Curzo.

Lili parece sentirse mejor. Como esas mañanas en las que hay que ir al dentista y el dolor de muelas desapareció por completo.

—Lucaz, zoñé que la chica pelirroja eztaba acá.

—Está acá. Mira.

Ella mira por encima de mi hombro y observa a la chica pelirroja con mucha atención durante un momento. Después le dice:

—Yo también tengo *trenzaz*.

De hecho, no le queda ninguna. Transpiré tanto que se deshicieron todas. Pero la chica pelirroja le dice que sus trenzas son muy lindas.

Y justo antes de que su cabecita vuelva a caer sobre mi hombro, Lili me pregunta:

—La chica pelirroja, ¿ez tu novia, no?

De golpe me sube la fiebre, seguramente a más de doscientos grados. Ahora es mi turno de estar en llamas. Y para apagarlo, este incendio requerirá la participación de varios cuarteles...

No me atrevo a darme vuelta. Respiro profundamente y enfrento la mirada de la chica pelirroja para explicarle que no tengo nada que ver, que Lili es muy chiquita para afirmar semejante cosa o, si no, que es parle del delirio.

Y, ¡oh, sorpresa!, ¡oh, felicidad suprema!... La chica pelirroja está tan colorada como yo, si no más, si eso es posible.

Felizmente, el médico vuelve en ese preciso momento; si no, creo que el hospital entero se habría quemado.

Me imagino los enormes titulares de los diarios: "Dos adolescentes enamorados provocan un incendio por timidez".

—Por esta noche no se puede hacer nada. Vamos a darle algo para bajar la fiebre y va a dormir. Y mañana tomaremos una decisión con sus padres.

—¿No me puedo quedar con ella?

—No... No se puede. No podemos hacer nada por el momento. Tiene que dormir.

En ese instante, una enfermera toma a Lili en sus brazos, la instala de nuevo en la camilla y levanta los barrotes que hay de cada lado.

Lili no protesta. Se deja encerrar juiciosamente en la jaulita. Debe estar muy enferma para no hacer una escena. En general...

Ahora parece dormir. El médico le da la historia clínica de Lili a la enfermera y esta empuja la camita con ruedas hacia un ascensor.

No quiero dejar a Lili. Me siento responsable por ella.

—No te preocupes, vamos a cuidarla bien —agrega el médico antes de ingresar al pasillo para ocuparse de otro niño.

Me quedo ahí con los brazos colgando, perdido. No consigo moverme.

La chica pelirroja me tira de la manga y me arrastra hacia la salida. Las puertas se abren por sí solas y salimos.

Ahora es de noche y no hace frío. No tengo idea de la hora que es.

Caminamos uno junto al otro en silencio.

Tengo la impresión de que un tractor me pasó por encima varias veces.

La última vez que estuve tan cansado, fue cuando estaba seguro de haber desaprobado segundo año del colegio y creía que mi vida se había terminado. Pensaba que mis padres se enojarían conmigo para siempre y que lo único que me quedaba por hacer era tirarme abajo de un camión.

No sé por qué, de golpe, me da una terrible puntada en el estómago que me duele muchísimo. Y sube por mi garganta y...

¡Las amígdalas! ¡Solo son las amígdalas! Por más que me esfuerzo por contener la bola que tengo en la garganta, no sirve para nada, sale sola.

Y me largo a llorar en medio de la vereda.

¡Bravo, Lucas Berthiaume! ¡Bravo! Por una vez que estás con la chica pelirroja, no le dices ni una palabra, te pones colorado todo el tiempo y, además, lloras como un bebé. ¡Felicitaciones! Va a ser lindo, el lunes, cuando ella le cuente esto a todo el colegio.

Estoy ahí, diciéndome todas estas cosas, cuando ella se acerca suavemente y, sin decir nada, me toma de la mano y la aprieta muy fuerte.

Me invade un gran calor. Todo está caliente. Tengo la sensación de que mis hombros acaban de bajar tres pisos. Respiro mejor.

Caminamos así, hacia mi barrio. No hablamos. Como si nos bastara tenernos de la mano.

Y al llegar a la esquina de mi calle, veo gente en la vereda de enfrente de mi casa. Y un patrullero.

—Buenas noches, Lucas. Hasta el lunes.

—¡Espera!

Y mientras me doy vuelta, ella se va, saludándome con la mano.

En ese preciso momento escucho a mi padre gritar mi nombre. Me quedo inmóvil. Después reconozco a mi familia. Al ver que me acerco a ellos, se precipitan sobre mí. Los tres, la mamá de Lili, la mía y mi papá. Solo el policía se queda apoyado contra su auto.

—¿Qué pasa?

Por un segundo, pensé que mi papá me iba a golpear.

—¿Lili? ¿Dónde está Lili?

—En el hospital. Tal vez la operen mañana.

—iii¿¿¿Qué??!!

Y entonces, todos se ponen a hablar al mismo tiempo. Se enloquecen, gesticulan.

Parece una película italiana, cuando todo el mundo se pelea en la vereda, a la noche, sin tener en cuenta a los vecinos.

No puedo entender por qué se ponen así de nerviosos, si Lili está a salvo.

Hacen preguntas y, al mismo tiempo, en lugar de dejarme responder, me retan por mi negligencia, por mi cabeza hueca, por mi falta de responsabilidad.

—Te confiamos a Lili y lo único que se te ocurre hacer es llevarla al hospital...

Y entonces grito, sin preocuparme por los vecinos.

—¡Ay! ¡Basta! Lili tuvo mucha fiebre esta tarde. La cuidé lo mejor que pude...

Después, al final, la llevé al hospital porque era imposible encontrarlos. El médico dijo que fue una suerte que la llevara, porque estaba en peligro. Tiene una amigdalitis aguda.

Se calman. Mi mamá me toma de los hombros. Yo les doy todos los detalles.

—Perdónanos, estábamos tan preocupados.

—¿Y yo, les parece que yo no?— ¡Bueno, ahí vuelve la bola en la garganta! No voy a ponerme a llorar de nuevo.

—¿Por qué no nos dejaste un mensaje? —me dice mi papá.

Por suerte, su novia interviene.

—Es culpa nuestra. Nos olvidamos de poner el contestador. Y yo volví más tarde que de costumbre. Gracias, Lucas. Por suerte estabas ahí.

Mi mamá me cuenta que volvió a eso de las 20.30. Como Lili y yo no estábamos, llamó a mi papá y a Susana. No tenían ni idea de dónde podíamos estar.

Empezaron a preocuparse. Recorrieron toda la ciudad, llamaron a mis amigos. Finalmente, llamaron a la policía.

—A la policía. ¡¿Por qué no al ejército, ya que estamos?!

—Pero no teníamos idea de dónde podías estar con Lili.

—¡Pero les dejé un mensaje arriba de la mesa!

—¿Qué mensaje?

De nuevo hablan todos a la vez.

—Bueno, ¡ya está? ¿Lo encontraron?

La gruesa voz del policía los despierta. Estaban tan ocupados acosándome, que se habían olvidado de él.

Se va cuando ve que todo vuelve a estar en orden.

Vamos a la casa, Nicole hace calé. Susana y mi papá llaman al hospital, y el Dr. Curzo los tranquiliza sobre el estado de Lili.

Finalmente, encuentro mi mensaje en la basura. Fue mi mamá la que lo tiró, por descuido, junto con las bolsas del almacén.

Me quedo sentado a la mesa. No me muevo más. Miro el vacío.

—Deberías ir a acostarte, Lucas. ¡Tuviste un día pesado! —me dice mi papá, entre dos sorbos de café.

Así lo llama él: un día pesado. Me parece que hace una semana que no duermo y que la vida se paró de golpe.

Miro a mi mamá. Comienza a tener pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Cada vez más. A veces la sorprendo estirándolas con sus dedos. Tal vez mis noches de infancia tuvieron algo que ver. Tuve tantas otitis que me sorprende que mis oídos sigan en su lugar.

Creo que esta noche va a ser mi turno. Me van a salir un montón de arrugas alrededor de los ojos y mañana a la mañana me voy a parecer a mi abuelo.

¡Mientras que mi pelo no se ponga canoso de golpe! Parece que puede ocurrir después de un gran susto. Y fue lo que me dio Lili.

Mi papá se levanta y me da un beso en la cabeza.

—Gracias, mi querido. No sé que habría sido de Lili sin ti.

Y agrega:

—¿Quién es la chica que estaba contigo?

Todas las miradas se vuelven hacia mí. Es increíble cómo llamo la atención en estos últimos tiempos.

Es agradable poder responder oficialmente. Ayer no me habría animado a decirlo, pero después de lo que pasó esta tarde...

—Es mi novia. Me ayudó a llevar a Lili al hospital.

—¿Cómo se llama?

Los tres preguntan al mismo tiempo. Después se ríen. Solo faltó que se tocaran mutuamente los codos para pedir un deseo. ¡¡¡Ni que fueran tres chicos!!!

Yo los miro y les sonrío. No sabrán nada más.

Me hago el misterioso y me voy a mi cuarto guardando mi secreto. Me desean buenas noches y me vuelven a agradecer; no se animan a insistir. ¡Tuve un día tan pesado!

Me acuesto en la cama. Tengo la sensación de que nunca más podré levantarme.

Y me agarra un ataque de risa cuando me doy cuenta de que, a pesar de todo el tiempo que pasé con la chica pelirroja, ni siquiera le pregunté su nombre. Me olvidé por completo.

Tampoco sé su número de teléfono, ni dónde vive. Y no pude averiguar nada sobre los graffiti, Perrazo Roñoso, ni lo que hace con esa banda de perros.

Pero no es grave.

Todo lo que sé es que Lili ya no está en peligro y que la chica pelirroja me agarró de la mano mucho tiempo, y que tiene los ojos verdes, verdes, verdes. Y me duermo... todo vestido.

Capítulo 7

El chico que sigue a la chica... que sigue a los perros

O bien dormí demasiado o bien alguien me dio un mazazo en la cabeza mientras dormía. Acabo de atravesar el departamento y me parece que tardé como media hora. Mis pies pesan una tonelada y siento la cabeza llena de algodón. Tengo la desagradable impresión de estar en una película de terror. Y el héroe, en este caso yo, avanza en cámara lenta mientras un monstruo lo persigue a pasos agigantados.

En el departamento hay un silencio absoluto.

Voy a ducharme inmediatamente, si no, voy a quedar tonto por el resto de mis días.

Bajo el chorro reconfortante de agua caliente, las imágenes vuelven a mí gota a gota. Lili, el hospital, la chica pelirroja.

De pronto, me asalta una duda. Salgo de la ducha, todo mojado, y me precipito hacia el espejo. ¡Uff! No me transformé en Papá Noel y las arrugas alrededor de los ojos, por lo menos hoy, no aparecieron.

Llego a la cocina y me encuentro cara a cara con mi madre que regresa de hacer las compras.

—¡Ah! ¿Por fin te levantaste?

Mi mamá me anuncia que, además de la noche, dormí una parte del día.

—No me animé a despertarte. Me pareció que necesitabas descansar.

Mi mamá me sirve tres comidas en una y me informa que Lili fue operada esta mañana muy temprano y que está bien.

La noticia me hace salir definitivamente de mi coma.

—Me habría gustado estar ahí.

—Ya se. Tu padre y Susana siguen con ella. Por el momento se está recuperando, pobrecita. Le gustaría tener su pijama con patas y su viejo muñeco. Podrías ir a verla mañana después del colegio y llevárselos. El médico decidió que se quedara un poco más para evitar complicaciones.

Entre dos sorbos, le pregunto si no me llamó nadie.

—¡Ah! ¡Llamados, eso sí que hubo! Tus amigos te estaban buscando. Querían darte una gran noticia sobre un espectáculo en el que podrían participar dentro de dos semanas...

—¡Eh! Se nos dio. ¡Guau!

Es fantástico, pero no podemos formar parte de ningún espectáculo. No en las condiciones actuales.

Ya lo estoy escuchando desde acá: "Señoras y señores, tenemos el honor de presentarles a un grupo de músicos sin nombre... que tiene dos buenas canciones en su repertorio, pero a nadie para cantarlas... y que, además, no tuvieron mucho tiempo para ensayar".

—¡Me tendrías que haber despertado!

—¡Eres gracioso, Lucas Berthiaume! Aunque hubiera querido, no habría podido. Ni siquiera el teléfono, que sonaba cada cinco minutos, te molestó.

Pregunto, con cara de nada, si llamó alguien más.

Nunca se sabe, quizás la chica pelirroja trató de ubicarme. Que yo no sepa su número de teléfono no quiere decir que ella no haya averiguado el mío. Sabe dónde vivo.

Decepción. Todos los llamados estaban relacionados con Perrazo Roñoso. El barrio entero creyó verlo en alguna parte, pero después de la descripción, nadie había visto al perro correcto. Según mi madre, su reproducción es una catástrofe o entonces está realmente perdido.

Pero sigo insistiendo...

—¿No hubo otros llamados?

—¡No te parece suficiente! Antes, Perrazo Roñoso ocupaba todo el espacio y, desde que no está, ocupa todo mi tiempo. Es lo único que hago, responder el teléfono o descifrar mensajes.

—¿Qué quieras decir? ¿Qué mensajes?

Ya sé, hoy no estoy muy rápido... pero tienen que comprenderme. No todos los días uno se convierte en padre. Y a mí, eso me mató.

Ella me explica una cosa supercomplicada sobre unos graffiti que vio hace un rato en la vereda. El nombre de Perrazo Roñoso está escrito con todas sus letras. El mensaje, si lo es, comienza frente a nuestra casa y continúa un poco más lejos y...

Ya está, renazco de golpe. Las luces se encienden por fin en mi cerebro. La sangre corre de nuevo por mis venas. Empiezo a andar a mi velocidad normal. Vivo en Quebec, me llamo Lucas Berthiaume, es domingo, Lili está a salvo y la chica pelirroja, después de haberle dado calor a mi mano, sigue llamando mi atención, ¡lupi!

Debo parecer un zombi que emerge de su tumba, porque mi madre me mira con los ojos grandes como dos pomelos.

Trato de no preocuparla, pero no creo lograrlo demasiado.

—Hasta luego mamita, gracias por las tres comidas, estaba delicioso: no te preocunes, no voy a volver tarde, mañana tengo colegio; te quiero, te quiero. Hasta pronto. ¡Chau!

Y salgo corriendo del departamento.

Mi mamá tenía razón; efectivamente, hay un mensaje escrito con tiza en la vereda.

Me lanzo escaleras abajo y por poco me mato.

¡Ufa! Empieza a oscurecer, no será fácil leerlo. Y además, algunas letras están borradas. Debe hacer un buen rato que están escritas y la gente caminó sobre ellas.

Es casi como descifrar jeroglíficos. ¡Esta chica, con sus mensajes, es “ilegible”! ¡Encima que habla sin hacer pausas y sin respirar! Pero... me gusta. Ahora que tiene los ojos verdes, cambia todo. Sí, ya sé, antes también tenía los ojos verdes, pero yo nunca los había visto.

Leo una palabra al azar. **Ver**. Yo si quiero ver. ¿Pero qué?

Justo al lado hay un dibujo. Mirándolo atentamente, podría parecerse a un dragón... No, creo que es un perro o si no...

Digamos que el dibujo no es su fuerte. No me importa, el color de sus ojos lo perdona todo.

Sigo caminando hacia la esquina.

Hay otro fragmento de frase más lejos: **este doming a la tarde**. Le falta la o, pero seguro que es domingo.

Bueno, hoy es domingo a la tarde. Ella quiere que vaya a ver... ¿un perro?

Sigo avanzando y, al llegar al final de la vereda, no hay más nada. ¡Qué raro!

Tal vez se le acabó la tiza. Lo cierto es que parezco un bobo, parado en la esquina, esperando los próximos grafiti para leer en ellos los acontecimientos más notables de mi vida.

Cruzo la calle, por si acaso, y en la vereda de enfrente, ¡victoria!, la novela continúa.

Esta vez, descubro números. Hay dos, pero están medio borrados. Podrían ser un 0 o un 8, y un 7 o un 1.

Esta pelirroja tampoco debe ser muy buena en Matemática, pero para mí, ella es lo que más cuenta.

Los dos números están seguidos por un nombre: **Germain**. No conozco a ningún Germain... Está la calle Germain, cerca de aquí...

¡Claro! Es su dirección. O la dirección de una cita. Y como ninguna numeración comienza con el 0, entonces el primer número es un 8.

Entonces, el mensaje me indica una cita, este domingo a la tarde, en la calle Germain 81 u 87, para ver... ¡Bravo Sherlock Berthiaume!

No tengo una gran experiencia amorosa en mi haber, sin embargo... ya hubo algunas chicas que quisieron llamar mi atención... pero nunca de forma tan complicada.

No importa, esa chica tiene tan rico olor que la seguiré... hasta la calle Germain 81 u 87, hacia donde me dirijo ahora mismo.

Camino mirando la vereda, por si el mensaje continúa.

Y continúa. Una cosa es cierta, tiene una idea detrás de la otra.

Ahora se trata del dibujo de un grupo de perros. Bueno, vamos bien, eso lo reconozco. Sin duda es la chica pelirroja con su jauría.

Y está firmado, una voz más, con la letra L.

L es Ella. Ya no queda ninguna duda al respecto. Lili, antes de su delirio, me lo confirmó. Mi chica pelirroja acaramelada se hace trenzas, pasea una jauría y escribe mensajes en las paredes y en las veredas.

¿L? ¿Lisa? ¿Luisa? ¿Lucía? ¿Lea? Lea es lindo. Enumero todos los nombres que comienzan con la letra L, hasta llegar al 81 de la calle Germain.

No hay nadie, por supuesto. ¡Habría sido demasiado bueno!

Como el 87 no está lejos, puedo mirar hacia allí sin moverme de donde estoy. Entonces, me siento en los escalones y espero. Espero.

No me animo a tocar en el número 81 ni en el 87. ¿Qué podría decir...? "Eh... Buenas tardes, quisiera ver a la chica pelirroja. Me escribió en la vereda que viniera a ver a un perro o a un dragón, no estoy muy seguro". ¡Es ridículo!

Entonces, no me muevo y espero. Espero.

Finalmente, me corro y voy a sentarme a los escalones del 87.

Pero una serie de ladridos me sobresaltan. Sin siquiera mirar de dónde provienen, salto debajo de los escalones y me escondo en la galería. Por suerte, estoy bien resguardado. Y ahí nadie puede verme. Puro yo sí puedo ver. De hecho, solo una parte del cuerpo. Los escalones me impiden ver la cabeza, que es lo esencial.

Veo que alguien se acerca a un poste y ata en él a varios perros con la ayuda de unas correas. Después, la persona sube los escalones con un perrito marrón en los brazos y toca el timbre.

No veo nada más, pero oigo voces. No llego a entender, porque todos los perros se ponen a aullar en dirección a mí al mismo tiempo. Ojalá que no se desaten, si no, sería mejor estar muerto.

La persona vuelve a bajar. Esta vez con las manos vacías.

Como no alcanzo a ver su cara, no sé si es un chico o una chica. La persona lleva jeans.

Se inclina y desata a los perros. Está de espaldas... pero de pronto, a pesar de la oscuridad, unos luminosos cabellos pelirrojos se deslizan ante mis ojos. Es algo rojizo, suave, ¡es Ella!

Y en ese preciso instante, me siento completamente idiota. No puedo salir de mi escondite por nada del mundo. ¿Qué parecería? Me lo imagino: "¡Hola!... soy yo". "¿Qué haces allí?" "¡Eh...! Mira, oí unos aullidos y me escondí. ¡Tuve miedo de que fueras tú!"

Me conformo con observarla desde mi escondite. Seguro que es ella. Tiene esos ojos verdes... que miran para todos lados a su alrededor y ella espera. Me espera. Y yo, como un tonto, me escondí debajo de la galería. ¡Lucas Berthiaume, eres un verdadero nabo!

Finalmente, ella se aleja con sus perros, en la dirección opuesta.

Una cosa es segura... los mensajes decían lo correcto. Se pasea con perros-dragones y me esperaba en la calle Germain 87.

Una vez que el camino queda libre, salgo de mi escondite y sigo los aullidos.

Parezco un tonto, siguiendo a la chica que sigue a los perros...

Ella continúa entregando perros. Solo le quedan tres en el extremo de la correa.

Ayer parecía tan simple... Esta noche ya no es la misma historia. Y creo que hay que volver a empezar todo de nuevo.

Pasaron tantas cosas ayer. Tal vez lo de Lili era contagioso, Me contagié su fiebre y me acaloré con una historia que solo existe en mi cabeza.

En el momento en que menos lo espero, los perros cambian rápidamente de dirección y se lanzan sobre mí. Como solo estoy a dos pasos, me alcanzan enseguida. A la chica pelirroja no le queda más remedio que seguir, lo que hace que nos encontremos los dos cara a cara, atados por las correas de los perros que no dejan de girar alrededor de nosotros.

La situación es tan ridícula que nos echamos a reír al mismo tiempo.

¡Uf! No estaba soñando. Todo es como ayer. Y, como ayer nos sonrojamos. Sus ojos verdes en mis ojos azules.

Como es difícil alejarse sin caer (los perros nos mantienen bien apretados), no nos movemos. Debo confesar que es agradable.

Ayer, fue Lili la que nos arrojó a uno en los brazos del otro: esta noche, son los perros. Tal vez, en algún momento, lo hagamos sin la ayuda de nadie.

Esta chica caramelo tiene mucha más iniciativa que yo, porque me besa en la boca. Es muy corto, pero muy dulce. Y ella me dice, en medio de los aullidos de los perros:

—A propósito, me llamo Lucille. Pero todos me dicen Lu.

Es mucho más lindo que todo lo que me había imaginado.

Después agrega, con su método habitual, sin respirar y sin marcar las pausas:

— Sé que tendría que haber llamado por teléfono... habría sido más sencillo y más rápido, pero soy una chica vergonzosa... no sabía cómo hablarte, entonces pensé en los graffiti que podías leer en la vereda... y que tal vez tenías ganas de venir a verme... soy una chica rara... ya lo sé, pero es así...

Y ahí hace una pausa para respirar. Yo también. Cuando habla de esa manera me quedo subyugado, hago como ella, dejo de respirar.

Finalmente nos quitamos las correas, y ella me explica la continuación mientras camina con los perros, porque todavía no terminó su trabajo.

Poco a poco se va sintiendo más en confianza, pone los puntos y las comas, aquí y allá, en sus explicaciones o al contestar a mis preguntas.

Me cuenta que la idea de los perros se le ocurrió en Nueva York, el año pasado, cuando fue a ver a su papá, que vive allá.

Parece que hay muchos jóvenes que se ganan su mensualidad así. No es muy complicado. Basta con pasear a los perros de la gente que no tiene tiempo para hacerlo.

—Es necesario que los dueños te tengan confianza porque tienes la llave de sus departamentos. Hay algunos que ya salieron a la mañana o que todavía no regresaron cuando sacas a pasear a los perros.

Después, me confiesa que ella no robó ni hizo desaparecer a mi perro. Pero que tiene su propia idea al respecto. Por otra parte, lo dice para hacerme saber que fue ella la que escribió los graffiti.

—Ayer había ido para explicarte todo, pero no era el momento.

Ella me pregunta por la salud de Lili. Le digo que la operaron y que salió todo bien.

Una vez más nos quedamos inmóviles, pero esta vez, no es porque los perros nos retienen. Tornamos la iniciativa nosotros mismos.

Nos empieza a gustar eso de encontrarnos cara a cara.

Pero el último perro no lo comprende de la misma manera y nos arrastra hacia adelante.

Nos apuramos a llevarlo a lo de su dueño. Le propongo a Lu que vayamos a sentarnos al parque.

Ella acepta, pero antes, insiste en mostrarme una cosa. Entonces, volvemos sobre nuestros pasos y terminamos frente al 81 de la calle Germain.

—¿Ves la casa con balcón blanco? Bueno, estoy convencida de que tu perro está ahí.

—¿Cómo?

—La mujer que vive ahí me llamó por teléfono la semana pasada. Sabía que paseo perros.

Lu agrega que se encontró con la señora en cuestión. Insistía en verla antes de confiarle a su perro porque era muy grande, no obedecía todo el tiempo y porque, por su tamaño, seguramente sería difícil pasearlo con los otros perros... pero que necesitaba a alguien, ya que su horario de trabajo era complicado.

—Descripto de ese modo, podría ser Perrazo Roñoso. ¿De qué color era?

—Negro. Estoy segura de que es él. Vi muchas veces ese perro.

—¿Cómo es eso?

Ella se pone colorada y vuelve a su antigua forma de hablar.

—Bueno... es que yo... bueno tú... él te esperaba todo el tiempo cerca del colegio y yo... yo también te esperaba sin animarme a hablarte... entonces así fue como... pude examinarlo de arriba abajo mientras te esperaba...

Yo le sonrío. Y digo algo para no ponerme colorado yo también.

—¿Entonces, vas a aceptar la oferta?

—Cuando vi el tamaño y el aspecto del perro le dije que lo pensaría. Ya tengo ocho perros para pasear. Y encima ese elefante...

Y al darse cuenta de lo que acababa de decir, se disculpa.

La tranquilizo agregando que Perrazo Roñoso parece toda una manada. ¡Entonces sus dibujos de dragones se le parecían bastante!

—¿Qué dragón? Lo que dibujé era un perro.

Es mi turno de disculparme.

Y otra vez nos echarnos a reír. Decididamente, esta chica me gusta cada vez más.

—Estoy segura de que el perro no es de ella.

—¿Qué te hace decir eso? Quizás haya más de un Perrazo Roñoso.

—Primero, me anunció de un modo muy extraño que había "heredado" ese perro. Pero, sobre todo, el perro no se le parece para nada.

—Eso no lo entiendo. ¿De qué hablas?

—Yo estoy convencida de que los perros y los amos se parecen.

Le agradezco el cumplido. ¡Así que Perrazo Roñoso se me parece!

Ella, imperturbable, me pregunta si fui yo el que compró a Perrazo Roñoso. Le digo que nos lo regalaron.

Me explica que, según ella, los amos eligen animales que se les parecen y no siempre se dan cuenta.

Me da como ejemplo al Sr. Labbé, que es tan patizambo como su perro y a la Sra. Francoeur, que tiene el pelo enrulado como una oveja al igual que su caniche. Tiene un libro sobre los animales en el que se menciona esa teoría

Le señalo la casa.

—¿Y la mujer?

Se echa a reír.

—No tiene nada que ver. Parece un ratón que adoptó un mamut... ¡Uy!... ¡Perdóname! Bueno. Ya hablamos demasiado, vamos.

Ni siquiera me pregunta mi opinión y se pone al mando del asunto.

Me señala un cerco de árboles al lado de la galería y me dice que me esconda detrás. Así, si la señora robó mi perro, no va a desconfiar.

—Yo toco el timbre y voy a tratar de que el perro venga hasta la galería para que lo veas.

Cruza la calle corriendo, sin esperarme. Yo también corro, casi pisándole los talones. Me esconde atrás del cerco de árboles que me indicó.

Decididamente, es mi noche para jugar a las escondidas.

Ella toca. No se oyen ladridos. Perrazo Roñoso no debe estar en esa casa. Hasta la alarma del microondas lo hace aullar.

La señora viene a abrir. Pero no alcanzo a verla. Los cedros son muy tupidos.

—Sí, ¿qué pasa?

—Vengo por el perro —le dice Lu.

No sé por qué será... me parece que ya oí antes esa voz.

Arreglan el precio y el horario. Después, le dice a Lu que la espere, que va a buscar una llave.

Oigo que la puerta se cierra. Aprovecho para cambiar de lugar. Me escabullo detrás de otro cerco de árboles que parecen menos frondosos. Desde ahí voy a ver mejor. Justo a tiempo, porque la puerta se vuelve a abrir.

La señora aparece de nuevo, pero está en penumbras. Le entrega una llave a Lu, le pide que no la pierda y le dice que vaya al día siguiente para el paseo.

Esa voz me recuerda algo... ¿pero qué?

Lu hace un intento

—¿No está con usted el perro?

—Sí, acá está. ¿Por qué?

Lu no sabe qué contestar.

—Ehhh... Es que me gustaría verlo.

---No. Está durmiendo una siesta en el sótano. Hasta mañana.

Y en el momento en que cierra la puerta, la veo claramente a la luz de la entrada y reconozco la voz aguda del altoparlante.

Es ella, el ratón. Es la secretaria del colegio, la señorita Blanche.

Capítulo 8

El ratón y el mamut

Espero desesperadamente que suene el timbre. Se hace eterno. La clase se extiende y siento que tengo hormigas en los pies.

Los lunes a la mañana no deberían existir en el calendario escolar. No logro concentrarme en nada.

Desde el fondo de la clase, Bobby me hace señas, muy poco discretas, eso sí. Todos esos melindres para decirme que vamos a almorzar juntos en la cafetería.

Estoy bien rodeado. Me gusta una chica que se comunica conmigo dejándose mensajes en las veredas y mi mejor amigo me habla con las manos.

Si entendí bien, estarán todos los de la banda, vamos a hablar del espectáculo en el que participaremos y además, en el menú de la cafetería hay fideos con salsa.

Incluso llegó a agregar la pimienta y los condimentos. Es muy bueno. Bobby, quiero decir. El plato de fideos, no sé, todavía no lo probé.

Todo ese circo, que seguramente tomó quince minutos de nuestra atención, porque no siempre entiendo las señas de Bobby, nos debería haber costado la expulsión de la clase.

¡Pero no! Paul Giguére está muy tolerante esta mañana Y sin embargo, lo único que traté de hacer desde temprano fue que me echaran de la clase.

Era el único medio que se me había ocurrido para ir a la Secretaría, donde podría ver a la señorita Blanche de más cerca y tratar de obtener algún indicio.

El timbre de fin de curso por fin suena. Bobby me agarra del brazo.

—¿Y?

—¿Y, qué?

De pronto, comienza a dudar de su “sistema de mensajería”.

—¿Entendiste todo?

—Sí, Bobby.

Estornudo, a propósito, diciéndole que es por la pimienta.

Bobby está muy contento. Esgrime la típica sonrisita satisfecha de alguien que acaba de hacer un número muy logrado.

Le pido que vaya a esperarme a la cafetería porque tengo algo que arreglar antes. Quiere saber de qué se trata, le digo que le contaré más tarde.

Estoy en medio del alboroto de la salida de las clases. Me escabullo entre los alumnos para encontrarme con Lu, que me espera frente a su aula, y bajamos la escalera que conduce a la cafetería.

No me queda más remedio que confesarle que no logró que me expulsaran de la clase.

En su caso, funcionó. Fue dos veces a la Dirección. Primero, esta mañana, porque llegó tarde a propósito. Y una segunda vez, por indisciplina en clase. Incluso, se ganó un castigo: copiar seis páginas de geografía.

—Me las vas a pagar, Lucas Berthiaume. Vas a hacer la mitad.

—Sí, sí, lo prometo. ¿Y?

Lu hizo todo eso para nada, porque no pudo ver a la señorita Blanche cuando fue a la Secretaría. Pero no nos preocupamos. El ratón está en la escuela, porque recién reconocimos su voz aguda en el altavoz.

Nuestro problema número uno no está resuelto. Como Lu y yo teníamos la intención de ir a lo del ratón durante la hora del almuerzo para ver al perro, esperábamos saber, yendo a la Secretaría, si comería en el colegio o en su casa, pues queda muy cerca.

Pero esta chica tiene una respuesta para todo. Si nos sorprende, Lu podrá decir que fue para sacar a pasear al perro, aunque lo haya hecho esta mañana. Y yo, que simplemente la estoy acompañando. Es tan fácil como decir buenos días.

Pero mi naturaleza aprensiva puede más que yo.

—Es peligroso. Vamos a necesitar ayuda. Los dos solos no lo lograremos.

—Escucha, tengo una idea. ¿Comes en la cafetería?

Lu no puede porque tiene que pasear a los perros. Va a comer su vianda en el parque.

Como le lleva más de una hora, a mí me deja tiempo de sobra para comer y organizar el resto.

Entonces, quedamos en encontrarnos frente a la casa del ratón para ver más de cerca cómo es su perro... que lo más probable es que sea el mío.

Cuando nos estamos por separar en la entrada principal, la retengo de la manga.

—Hoy estás linda.

—Gracias, ya lo sabía

Y se va riéndose. Esta Lu no deja de sorprenderme.

Para hacer más rápido, paso delante de todo el mundo en la cola de la cafetería diciendo que es una urgencia. Bobby ya reservó una mesa y me espera con Gegé y Alex.

Hablamos de la buena noticia. El colegio nos propone formar parte del espectáculo de fin de año. Normalmente, son Los Buenos para Nada los que deberían participar, pero consideran que todavía no están listos.

Dejo de enrollar mis fideos en el tenedor.

—¿Y nosotros, entonces? No tenemos nombre ni cantante y solo dos canciones en el repertorio.

Bobby interviene.

—Tenemos dos canciones, pero son buenas; el nombre lo podemos decidir en una tarde, y en cuanto a la cantante... ¡bueno!, hay que apurarse a encontrar una. Y si no, canto yo.

—¡Ah, no!

Todos protestamos al unísono. Pobre Bobby.

—Ya sé, ya sé. Soy más eficaz con la boca cerrada.

Miramos el fondo de nuestros platos mientras pensamos. No es fácil con la salsa de tomate, pero... como tenemos que dar una respuesta mañana, nos devanamos los sesos.

Bobby vuelve a la carga.

—Chicos, es la oportunidad de nuestras vidas. Esperamos esto desde hace mucho tiempo. Tenemos dos semanas por delante. No podemos echarnos atrás.

Alex interviene a su vez.

—Los Buenos para Nada sí que lo hacen bien.

—Pero los Buenos para Nada...

Y terminarnos la frase de Bobby a coro:

—... son unos buenos para nada.

Ese chiste siempre nos hace reír mucho.

Creo que mis amigos son geniales. Con una sola mirada, sabemos que la decisión ya está tomada y que solucionaremos los problemas después.

Juntamos nuestras manos en señal de asentimiento sobre los restos de fideos. Y, por supuesto, seremos los mejores.

Terminamos nuestro almuerzo en la euforia más absoluta. A todos se les ocurre algún nombre o proponen a alguien para que sea la cantante, sin mencionar las sugerencias más descabelladas sobre la ropa que llevaremos en escena.

Mientras tanto, vigilo la hora en mi reloj.

—Chicos, necesito su ayuda.

Les explico, con lujo de detalles, los acontecimientos de los últimos días. Les hablo de Lili, pero sobre todo del ratón y de Perrazo Roñoso.

Me veo obligado a mencionar la intervención de Iu. No entro en detalles personales, pero debo demostrar un cierto entusiasmo al hablar de la chica pelirroja porque los chicos no se dejan engañar. Con silbidos de admiración y algunas bromas, dan el visto bueno al asunto: "Lucas colorado por la Rasta".

A pesar de todo, consigo explicarles en qué consiste el plan que elaboré con ella, Alex propone ir a hacer de campana frente a la casa, mientras Lu y yo entramos. Y Bobby y Gegé van a ocuparse de la señorita Blanche durante su hora de almuerzo.

Por si acaso, le advierto a Bobby lo delicado de su misión.

—Ten cuidado. No tiene que sospechar nada, si no, nunca podré recuperar a Porrazo Roñoso,

—Confía en mí, man. Conozco la psicología de los ratones, crié más de veinte cuando era chico.

Alex le pregunta, intrigado, por qué tantos ratones, Y Bobby nos responde, con total ingenuidad, que solo tenía uno por vez, pero que los cambiaba a menudo porque todos sus ratones se morían uno detrás del otro... Tranquilizador.

De todos modos, vamos a la Secretaría. Y con el pretexto de verificar algunos detalles relativos al espectáculo, Gegé y Bobby piden hablar con la señorita Blanche. Tenemos suerte, ella está de guardia durante la hora del almuerzo.

Entonces, Alex y yo nos apresuramos a ir, con total seguridad, a la calle Germain número 81.

Tenemos que esperar a Lu, que llegó corriendo unos instantes después.

Alex se ubica en la vereda de enfrente.

Lu y yo entramos en la casa. Por más que tengamos la llave, nos sentimos inseguros. Es la primera vez que me encuentro en una situación así y espero que sea la última.

Pasamos el vestíbulo y, cuando entramos en el living, oímos una voz de ratón. Nos quedamos paralizados como dos bloques de hielo. Lu me agarra la mano y me hace señas de que no me mueva. Aunque quisiera, no podría. Estoy petrificado por el miedo.

Después oímos un largo ¡bip! que nos tranquiliza de inmediato. Era el contestador automático del teléfono.

Una vez que está segura, Lu silba suavemente para llamar a Perrazo Roñoso.

Pero ningún perro muestra el hocico. Lu me da un codazo para que yo también lo intente. Entonces, llamo a Perrazo Roñoso un poco más fuerte. Uno nunca sabe... ¡¿la voz del amo?!?

Entonces, oímos un ruido infernal que proviene del sótano, como si una locomotora subiera por las escaleras y después, unos ladridos como para despertar a los muertos.

No me animo a abrir la puerta del sótano. Y si este perro, que tal vez no es el mío, fuera malo. No obstante, Lu se decide a girar el picaporte lo más suavemente posible, pero no logra contener la puerta: el empujón es demasiado fuerte del otro lado.

Por más que la ayudo lo mejor que puedo, no hay nada que hacer. Un monstruo peludo me salta encima y me tira al suelo.

Casi me ahogo porque el perro se echó sobre mí cuan largo es y no puedo verlo porque mi cara está completamente cubierta de pelos.

Pero no necesito mis ojos para saber de quién se trata cuando la enorme lengua del animal me lame la cara de arriba abajo.

Ese mamut que empuja como una locomotora, que ladra como un loco, que babea como un volcán en erupción, que pesa dos toneladas, que no tiene muy rico olor y, sobre todo, que no me deja respirar, es sin duda un perrazo roñoso. Mi Perrazo Roñoso.

—¿Estás bien, Lucas? ¿Estás bien?

Consigo liberarme un poco.

—Es él.

Lu me ayuda a sacarme de encima al perro que, por su parte, sigue lamiéndome, ladrando y saltando. Está tan contento que su cola se mueve alegremente para todos lados. Pero de nuevo es una catástrofe.

Le pega a un jarrón que hay sobre una mesita y lo hace caer. La sangre se nos hiela en las venas.

Hago lo que puedo para calmar al perro, que está loco de contento por haberme encontrado, mientras Lu se dispone a recoger los pedazos de porcelana.

—No hagas eso. Si lo limpias, el ratón se va a dar cuenta de que alguien entró aquí. Déjalo así. Va a pensar que el perro abrió la puerta del sótano por su cuenta y parecerá una metida de pata de Perrazo Roñoso.

Perrazo Roñoso me mira con sus enormes ojos llenos de lágrimas.

—Perdóname, viejo, pero no tenemos elección.

Me gustaría llevármelo enseguida, pero sé que no puedo hacer eso.

Antes que nada, hay que salir de acá, porque Alex se va a preocupar. Después se me ocurrirá algo para recuperar al perro.

Acaricio a Perrazo Roñoso y salimos lo más rápido posible. Nos cuesta horrores empujarlo detrás de la puerta porque, evidentemente, quiere seguirme y, una vez afuera, continuamos oyendo sus terribles aullidos. Parece como si alguien lo estuviera degollando.

Ojalá que nadie nos denuncie a la Sociedad Protectora de Animales.

Alex se une a nosotros y nos vamos, dejando a nuestras espaldas a Perrazo Roñoso que sigue su quejido de lobizón en noche de luna llena.

Nos separamos frente a nuestras respectivas aulas.

Antes de que comenzara la hora de matemática, Bobby tuvo tiempo de darme algunos detalles sobre lo que averiguó del ratón. Ella le confesó que se había quedado con un perro que había encontrado.

El resto me lo explicó con gestos, porque la profesora había empezado su clase.

Ella lo llama su bebé. ¡Los bebés ya no son lo que eran antes!

Y en ese momento, la “profe” me pesca. Me tendrá que quedar castigado después de hora por molestar en clase. Y Bobby sale indemne, una vez más.

No es justo. Y es demasiado tarde. Necesitaba ir a la Secretaría hoy a la mañana. No después de clase.

¡Y no tengo tiempo para quedarme castigado después de hora! Tengo que hacer la mitad de la sanción de Lu además de mis deberes, tenemos que ensayar si queremos participar en el espectáculo, tengo que encontrar una solución para recuperar a Perrazo Roñoso y, para terminar, prometí ir a ver a Lili al hospital. ¡¡¡Hace días!!!

¡Y todo esto por culpa de un ratón que se enamoró de un enorme mamut...!

¡Perrazo Roñoso, estás empezando a complicarme demasiado la existencia!

Capítulo 9

Sorpresa para todos

El día se hizo muy largo. Y mi castigo no terminaba más.

Cuando por fin me liberaron, saludé a la señorita Ratón Blanco⁹ antes de salir. Ella sí que parece estar castigada después de hora todos los días del año, en su aula de vidrio.

Estuve a punto de reclamarle mi perro, pero no me animé.

Y, entonces, me doy cuenta de que yo también estoy encariñado con ese monstruo gigante, por más cosas que diga. Si lo abandonara en este momento, una parte de mi infancia desaparecería de repente.

A la salida del colegio, Lu me espera en el lugar habitual de Perrazo Roñoso.

Decidió acompañarme al hospital, ya que terminó su paseo con los perros. Parece que Perrazo Roñoso estaba de lo más triste. Pero, por lo menos, no aullaba como hoy al mediodía.

Primero pasamos por casa y agarro el famoso pijama con patas y *dibujos de pegrroz zalchicha*. Sin olvidarme de su muñeco preferido, que se parece más a una vieja pantufla desgreñada, tipo pelo de felpa, que a un animal de peluche.

Por otra parte, no consigo acordarme qué clase de chiche era antes. Debe decir que sus numerosos pasos por el lavarropas no lo mejoraron. Pero, qué quieren, Lili lo adora y le cuesta desprenderse de él.

Durante el trayecto en autobús, hacemos la tarea que le dieron a Lu como castigo. La letra es un poco desprolijia, pero bueno... es aceptable.

Todavía nos miramos de reojo... no nos conocemos mucho. Después nos sonreímos o nos echamos a reír de golpe, al mismo tiempo.

No podemos creer lo que nos está pasando. Por fin, llegamos al hospital. Atravesamos unos largos pasillos blancos antes de llegar a una sala llena de niños que no la están pasando muy bien.

Vemos a Lili acostada en su camita con barrotes. Mira hacia el techo y parece contar moscas que no existen.

Pienso que los Perrazo Roñoso, las señoritas Ratón Blanco y las pequeñas Lili no deberían estar encerrados en jaulas. Pierden el color y parecen encogerse.

No es el caso de Perrazo Roñoso, pero él, para compensar, aúlla dos veces más fuerte.

Lili me reconoce de lejos. Salta en su cama como una pequeña langosta. Me abraza fuerte, fuerte, como si no me hubiera visto desde hace siglos. Me llena de besos húmedos. Decididamente, es mi día.

Agarra a Lu y hace otro tanto.

Una vez que terminan las demostraciones de afecto, le doy la bolsa con su pijama y su muñeco.

—Mi pijama con *pegrroz zalchicha* y mi chinchilla.

⁹ Por Blanche, el apellido, de la secretaria, que en castellano se traduce Blanca (N. de la T)

—¿Tu qué?

Ella me contesta:

--Mi chinchilla, ¿No zabez lo que ez una chinchilla? ¿Qué te enzeñan en la ezcuela?

Una chinchilla ez un animalito con piel *liza, liza y zuave, zuave*. Toca.

Me obliga a acariciar la masa informe de peluche. Agrega que ciertas personas hacen tapados con las chinchillaz, pero que ella, en cambio, prefiere ser su amiga.

Lu me mira sonriendo con cara de entendida.

El tema chinchilla está terminado. Con Lili no hay vuelta atrás.

Estoy contento de volver a ver a esta graciosa mujercita.

Lili nos explica todos los horrores que le hicieron padecer. Primero, el espantoso pinchazo en la punta del dedo para sacarte una muestra de sangre. Después el otro, para dormirla antes de la operación.

También nos habla sobre todos esos nenes que lloran sin cesar y de los *camizolinez obligatorioz* que dejan ver los *cachetez* de la cola.

En una palabra, no aguanta más, solo quiere una cosa: volver a casa. Se siente *zúper, zuperbién*. Y pensar que hace dos días creí que agonizaba. Es increíble lo rápido que se recuperan estas personitas.

—Lili, tenemos una buena noticia para ti.

Le cedo la palabra a Lu; después de todo, fue gracias a ella...

—Encontramos a Perrazo Roñoso

Lili salta de nuevo en su cama y quiere verlo de inmediato.

Le explico que no lo trajimos porque los perros no pueden entrar en los hospitales. De hecho, no sé muy bien qué decirle. Afortunadamente, Lu me saca del apuro.

—Una señora se está ocupando de él por el momento. Cuando vuelvas a tu casa, él también va a volver a la suya.

Al oírla, Lili está dispuesta a salir inmediatamente. Pero una enfermera que se acerca a su cama no tiene la misma opinión sobre su alta prematura.

—Si sigues saltando así, no vas a curarte y vas a tener que quedarte más tiempo con nosotros.

—No quiero, no quiero... Quiero ver a *Pegrrazo Groñozo*.

Los médicos le sacaron las amígdalas a nuestra pequeña Lili, pero no su temperamento

La enfermera le pide que se porte bien, porque está por llegar la sorpresa.

Una música que proviene del fondo de la sala atrae nuestra atención. Es la sorpresa. Un bufón hace aparecer objetos sacándolos de su manga. Se acerca a las camas de los niños y les regala flores de papel, globos y pequeños juguetes.

Otro toca la mandolina. Los niños, de tan asombrados que están, tienen la boca y los ojos muy abiertos.

El payaso mago continúa su recorrido por toda la sala, mientras que el otro se acerca a la cama de Lili y se sienta a su lado para cantarle una canción.

Los chicos están encantados y nosotros también.

Al terminar la canción, Lili salta y se toma del cuello del payaso cantor.

—Papá. Mi papito... viniste.

Y lo llena de besos. Una parte del maquillaje blanco de mi papá queda en las mejillas de Lili.

Entonces, el nenito que está en la cama de al lado me tira de la manga.

—¿Por qué le dice papá? Eso no se puede. Un papá no es un payaso.

No sé qué responderle. No me animo a decirle que ese payaso también es mi papá. Y que, a veces, es molesto tener un padre así. Tantas veces habría preferido que fuera médico o camionero, o incluso profesor.

Cualquier cosa menos payaso.

Pero hoy no. Me siento orgulloso de él. No hay más que observar cómo brillan todos esos ojitos.

Mi papá payaso se aleja y va a ver a otro niño, mientras su compañero sigue distribuyendo regalos.

Lili pone mala cara, sentada en el tondo de la cama. Papá ejecuta una nueva melodía con la mandolina.

Lu, que se ha acercado a Lili, comienza a canturrear para ella. Primero canta muy bajo, después su voz va creciendo.

Me quedo ahí, con los brazos colgando... no puedo creer lo que oyen mis oídos. Es la voz más linda que haya escuchado en toda mi vida. Por otra parte, todas las cabecitas se levantaron y miran en dirección a ella.

Tiene una voz cálida y suave, y con un tono de jazz también. Para divertirse, mi papá hace variaciones con su instrumento y Lu la sigue como si siempre lo hubiera hecho.

Todos los chicos —en realidad los que pueden— salen de sus camas y nos rodean. El pequeño lisiado de la cama de al lado baila en el pasillo.

Y, por supuesto, Lili está en la gloria.

La canción termina con una explosión de aplausos. Lu se pone colorada como nunca, pero creo que está contenta. Todas las sonrisas son para ella.

La enfermera viene a acostar a los pequeños espectadores.

Mi papá mira a Lu con insistencia.

—¿Ella es tu novia? Linda voz y lindos ojos.

Me veo obligado a presentársela. Pero me resulta raro... habría preferido que conociera a mi padre en su estado normal. Sin su disfraz, quiero decir.

Eso no parece molestarle; la prueba es que asegura que nos parecemos, sobre todo la nariz. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Muy gracioso.

Mi papá le da un beso a Lili, la arropa.

—Ya falta poco, mi Lili. Mañana vengo a buscarte. Se acabó el hospital. Pero para eso, tienes que portarte bien.

Y agrega, guiñando un ojo, que llenó la heladera con helados de todos los gustos y que va a poder darse una panzada.

Ella sigue poniendo mala cara un rato, para no aflojar. Cuando me voy, me dice:

—¡Eztá bien! Dejame zola.

—No estás sola, Lili, tienes tu chinchilla.

Se habla olvidado río ella. Abraza lo poco que queda del muñeco de peluche y cierra los ojos.

En el ascensor, le cuento a mi papá las aventuras de Perrazo Roñoso y le pregunto si se le ocurre alguna idea para que lo recuperemos sin mucha dificultad.

A mi papá le encanta hacer la lista de las posibles soluciones que se pueden encontrar para un problema. Según él, todo puede arreglarse: basta con encontrar la manera.

Comienza su lista eliminando, desde el principio, la primera solución. Lu podría simular que perdió al perro. Perrazo Roñoso es más que fuerte como para romper su correa. Pero no era una buena idea, porque podrían acusar a Lu de negligencia y perdería su trabajo.

¿La segunda solución?

Ir a recuperar directamente a Perrazo Roñoso a lo de a señorita Blanche, mientras ella no está. Pero así, podrían acusar a Lu de rapto, ya que es la única que tiene la llave.

Yo estoy dispuesto a darme por vencido. Pero mi papá nos da la tercera solución que, según él, es la más razonable. ¿Por qué no ir a lo de la señorita Blanche y pedirle simplemente que me devuelva el perro? Después de todo, ese perro no es suyo.

Explicado de ese modo, parece sencillo. Solo hace falta tener el valor para hacerlo.

Mi papá es muy bueno para encontrar soluciones, pero sé que va a decir que me las arregle solo con mi problema. Y después dicen que la vida de un adolescente es puro descanso.

Así, pues, Lu y yo nos encontramos frente al 81 de la calle Germain. No me atrevo a tocar el timbre. Odio estas situaciones y no me gusta apenar a nadie.

Me toma de la mano y me lleva hacia el balcón. Pero ella también está nerviosa, porque vuelvo a hablar sin hacer pausas para respirar.

—Voy a esperarte acá... si estás solo, será más fácil que ella te dé explicaciones... Por otra parte, prefiero que no sepa que yo estuve mezclada en esto... toca.

Toco el timbre. Otra vez. ¡Uf! No hay nadie. Estoy a punto de irme cuando la puerta se abre y aparece... la señorita Blanche.

—¿Sí? ¿Qué desea?

No hace falta que responda. Perrazo Roñoso sale corriendo como un loco y se abalanza sobre mí. La sesión de lamidas vuelve a comenzar con más énfasis. Y la señorita Blanche comprende que soy el dueño del monstruo peludo.

Me hace entrar en su casa para explicarme todo. Y, media hora más tarde, salgo con Perrazo Roñoso a mi lado.

Ella le hizo una emotiva despedida desde el balcón. Se consuela porque podrá verlo todos los días cuando venga a buscarme a la salida del colegio.

Lu me espera en la esquina.

—¿Y? ¿No fue muy difícil?

Le digo que no con la cabeza. Sonríe.

—¿Dónde lo encontró?

—Frente al colegio.

—¿Cómo? Tú me dijiste que te esperaba siempre al terminar las clases.

Me echo a reír y acaricio la enorme cabeza de mi perro.

—En el fondo, este Perrazo Roñoso no es tan tonto.

Le cuento lo que pasó. El día que Perrazo Roñoso desapareció... era un lunes. Y fue al colegio como de costumbre. Pero el día anterior habían cambiado el horario, como hacen todas las primaveras, adelantando el reloj una hora.

Y eso, Perrazo Roñoso no podía saberlo. Si cambian las agujas de lugar, en su cabezota ya no suena igual. Cuando vino al colegio, a su hora habitual, yo ya no estaba. Estaba una hora atrasado.

Y como la señorita Blanche termina después que nosotros, lo encontró en la vereda. Pensó que estaba perdido... y se lo llevó a su casa. Y él, por supuesto, simplemente la siguió, como el perrazo tonto que es.

Muy contento, "perrazo tonto" camina a nuestro lado mientras que Lu y yo nos agarramos de la mano.

La beso en la mejilla y le digo gracias.

—Sin ti, nunca habría encontrado a Perrazo Roñoso. Y sin ti, no tendría una novia pelirroja.

Se ríe. Es hermosa cuando se ríe, con sus ojos verdes, verdes.

La tomo de la mano.

—Ven.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa.

Lu quiere saber adónde vamos, pero yo no le digo nada.

Subirnos los seis pisos con Perrazo Roñoso pisándonos los talones.

Por ahora, no voy a arriesgarme a dejarlo solo afuera, o si no voy a tener que enseñarle a leer la hora.

Abro la puerta de la sala. "Perrazo peludo" se precipita en la habitación escurriendo entre los instrumentos.

—¡Encontraste a Perrazo Roñoso!

Mis amigos están contentos. Lu me pregunta cuál es la sorpresa. Y le informo que es ella misma.

No entiende nada de nada. Gegé, Bobby y Alex tampoco.

Saboreo el efecto que voy a producir cuando les anuncie:

—Chicos, les presento a Lu... la cantante del grupo.

—¿Eh?

No sabría decir quién está más sorprendido, si Lu o los chicos.

En un solo día, encontré a mi Perrazo Roñoso, a mi pequeña Lili vivita y coleando y descubrí a una cantante. Solo nos falta un nombre para nuestro grupo.

¡Como si fuera fácil!

Capítulo 10

Detrás del telón

En los días que siguieron, retomamos la rutina habitual: el colegio, los trabajos y Perrazo Roñoso, fiel a su cita cotidiana.

Como no se cambia la hora hasta el otoño, por ahora no hay peligro de que se pierda. Cuando llegue el momento, voy a encerrarlo hasta que se adapte a la nueva diferencia horaria.

Mi mamá está contenta, le parece que nos presta más atención que antes. Creo que sus vacaciones en lo del ratón lo asustaron, porque no se separa de nosotros ni dos pasos. Por lo tanto, está tan fastidioso como antes. Y también babea como antes. Pero, bueno, es nuestro Perrazo Roñoso baboso y no lo cambiaremos de un día para el otro.

Aunque el ratón lo intentó. Trató por todos los medios de enseñarle algunos trucos. Pero pronto renunció.

Me contó que, durante una semana, trató de enseñarle a sentarse sobre sus patas traseras ofreciéndole galletas. Pero fue en vano. O bien se caía para atrás porque es demasiado grande... o bien se tragaba toda la caja de galletas antes de que ella tuviera tiempo de darte una.

Se dio por vencida el día que se tragó su anillo al mismo tiempo que la galleta. Nunca recuperó su alianza, de más está decir. Pero como descubrió que tenía una ciega pasión por los perros, se compró uno.

Y, ahora, debo reconocer que la teoría de La sobre los amos y sus mascotas preferidas resulta cierta.

El ratón encontró una especie de cruza entre perro pekinés y chihuahua. Es minúsculo y todo blanco, tiene el hocico muy, muy puntiagudo y su ladrido es muy, muy agudo.

Y Lili ya está completamente curada. Viene a visitarnos tan a menudo como antes. Pero tuvimos que suspender las sesiones de panceta al microondas por un tiempo... Y también las golosinas. Comió tanto helado después de su operación, que su mamá tuvo que ponerla a régimen.

Y como por *zupuezto ezo no ez zu* problema, *ze queja zin zezar y zigue diciendo: ¡No ez juzto! ¡No ez juzto!*

Nosotros ensayamos todas las tardes. Y los sábados y los domingos. Y en el sótano de Alex, cuando no tenemos la sala.

Yo tengo los labios paspados de tanto tocar el saxo. Y también, debo confesar, de tanto besar a Lu.

Lu es el tipo de música que prefiero...

Tengo que pelearme para tenerla un poco para mí. Los chicos están locos por ella. Ya no saben qué inventar para llamar su atención. Bobby es el que más lo logra. La hace morir de risa. Hay que aceptar que esta chica es genial.

Agregamos una canción a nuestro gran repertorio de dos. Es para ella. La escribí yo. Habla de graffiti en las paredes... de otoño en plena primavera... de un corazón que late al rojo. Se llama "La chica caramelito".

Y, por supuesto, cambiamos de nombre ciento cincuenta veces y cambiamos de look otro tanto, si no más.

Ahora estamos todos vestidos de negro de la cabeza a los pies. Lu lleva sus trencitas.

Y caminamos de aquí para allá por el pasillo.

La función comenzó hace una hora y en diez minutos nos toca a nosotros. Somos la sensación del espectáculo.

Estoy muerto de miedo. Nunca deberíamos haber aceptado.

Me gustaría hacer como mi perro y equivocarme de hora, seguir a cualquiera por la calle e irme ladrando.

Alex no para de mover las manos para calentar sus muñecas... Hace sonar sus dedos. Hace un ruido de chizitos aplastados. Me está volviendo loco.

Bobby nos hace señas cada dos minutos y se va corriendo al baño. Gegé está acostado cuan largo es y hace ejercicios de respiración. Una ballena no haría más ruido que él.

Y Lu sigue trenzando su pelo. Parece que eso la calma. La próxima vez voy a dejarme el pelo largo para poder hacer lo mismo.

Y yo me las estoy viendo negras. Me falta el aire y no tendré el suficiente para tocar mi saxo. Va a ser un desastre. Tengo calor, tengo frío y pregunto la hora cada dos segundos.

Recién, tuve la mala idea de mirar por la abertura del telón. Nunca debí haber hecho eso. Vi a todo el mundo.

Nicole, Susana y mi papá. Por suerte, tuvo tiempo de sacarse el disfraz de payaso.

Eso es lo que me vendría bien en este preciso momento. Creo que un disfraz de hombre invisible me quedaría perfecto.

Todo mi curso está ahí afuera. Hasta el ratón vino a ver el espectáculo.

Un grupo de actores invade los bastidores. Su número terminó.

Es nuestro turno.

Nos acercamos como cinco sonámbulos. El maestro de ceremonias va a presentarnos.

Lu me agarra fuerte de la mano. Me besa para darme valor.

—Te quiero. Lucas Berthiaume.

Su beso pelirrojo y dulce me hace mucho bien.

Ya está. Como un corredor en la línea de llegada. Nos instalamos con nuestros instrumentos. El miedo pasó. Bobby levanta su pulgar en señal de aliento. Todos respondemos a su gesto. Le guiño un ojo a Lu. Y entonces, en la primera fila, veo a Lili con un centenar de trencitas en la cabeza. Se parece a su chinchilla. Me hace muchas señas con sus brazos:

—*Lucaz, Lucaz...*

Y me lanza un montón de besos como una tan.

Y oímos al presentador que anuncia:

—Y ahora, el grupo que todos estaban esperando. Tiene un nombre muy particular. Señoras y señores, con ustedes... “Perrazo Roñoso”.